

EL FUEGO Y LAS MARIPOSAS



ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

581 – Dedos sangrientos, *Curtis Garland*.
582 – Mi bella monstruo, *Lou Carrigan*.
583 – Miedo en el Oriente Exprés, *Curtis Garland*.
584 – El siniestro doctor Sternberg, *Adam Surray*.
585 – Una invitada del Más Allá, *Ada Coretti*.

RALPH BARBY

EL FUEGO Y LAS MARIPOSAS

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 586
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 28.340 - 1984

Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición en España: agosto, 1984
1ª edición en América: febrero, 1985

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1984

CAPÍTULO PRIMERO

La tormenta arreciaba más y más, una espesa cortina de lluvia caía sobre el automóvil. Los limpiaparabrisas se veían incapaces para barrer el agua a fin de que Angie, la conductora, pudiera ver lo suficiente para guiar el coche con cierta seguridad.

—Pero, ¿ves algo? —preguntó Claudine a su lado, muy nerviosa.

—No, vamos casi al paso. Esto parece el diluvio; hasta tengo miedo de que se pare el motor.

—Y si se para, ¿qué ocurrirá? —inquirió Brigitte desde el asiento posterior.

—No me pongas más nerviosa de lo que ya estoy —replicó Angie —, Nunca me ha caído encima una tormenta semejante.

Los limpiaparabrisas, puestos en la marcha más veloz, no conseguían rasgar la cortina de agua. El coche avanzaba roncando mientras Angie buscaba instintivamente el arcén cuando un camión casi se les echó encima. Llevaba los faros encendidos y tocó su claxon. Al pasar junto a ellas, lamió la carrocería del coche, pues el vehículo pesado circulaba centrado en la carretera.

Las jóvenes, asustadas, se encogieron sobre sí mismas, conscientes de que habían estado a punto de ser arrolladas por el camión.

En un pequeño llano tras una curva, Angie sacó el coche de la carretera y lo inmovilizó sin detener el motor. Tuvo miedo de no poder ponerlo en marcha de nuevo si lo paraba.

La carretera se había convertido en un río que arrastraba piedras y ramas, un río que en ocasiones se veía cruzado por otros ríos que eran producto de las torrenteras naturales.

—No podremos seguir adelante —opinó Angie tratando de mantener la serenidad entre sus compañeras.

—Estamos muy lejos del próximo pueblo, ¿verdad? —preguntó Sophy.

—No sé, no he visto ningún mojón indicativo —respondió Angie que se había convertido en capitán de aquel transporte, un automóvil de tipo medio, muy cómodo y bastante seguro, de color azul metalizado al que Angie, cariñosamente llamaba «Tigre azul».

Un súbito relámpago las sorprendió y asustó hasta el punto de que varias de las jóvenes gritaron de miedo. Los cristales se iluminaron por la intensidad de la luz al tiempo que todo tronaba en torno suyo y el coche se movía; fue como si se hallaran sobre un terremoto.

—Tranquilas, sólo ha sido el rayo y el trueno —intentó tranquilizarlas Angie.

—Ha tenido que caer aquí mismo —opinó Claudine.

El rayo había caído sobre un árbol desnudo de hojas que se

hallaba a pocos metros de donde ellas estaban. La carga eléctrica debía haber sido terrible, porque el árbol se inflamó y hubiera sido pasto de las llamas de no ser por la torrencial lluvia que caía. No hubo incendio, pero el árbol quedó medio carbonizado y agrietado por su mitad, como si el tronco se hubiera partido en dos en sentido vertical.

—Si nos cae un rayo encima, ¿qué pasará? —preguntó Sophy.

Antes de que respondiera Angie, que era la propietaria del coche, lo hizo Claudine explicando:

—Sobre los coches no caen los rayos.

—¿Por qué? —inquirió Sophy.

—Es como una burbuja que está separada del suelo por los neumáticos que no son conductores eléctricos. ¿No es así, Angie?

—Supongo que sí.

Se produjo otro relámpago que parecía querer emular al anterior.

Las cinco gritaron. Más que la vivísima luz a la que siguió el fragor del trueno, las asustó lo que vieron al otro lado del cristal parabrisas, justo delante de la conductora.

Allí había una figura humana, una figura que sólo pudieron ver el instante que duró el cegador resplandor del relámpago.

El miedo se apoderó de ellas y se encogieron sobre sí mismas pese a que la extraña visión, en circunstancias tan difíciles, cuando ya oscurecía con rapidez y cayéndoles encima una espesa cortina de agua, podía ser efecto de una alucinación colectiva.

La figura humana las asustó. Casi de inmediato, sonaron unos golpes contra el cristal parabrisas.

Angie tuvo que recurrir a toda su sangre fría mientras las tres muchachas que viajaban en el asiento posterior y también Claudine, que iba a su lado, se estremecían de miedo.

—Claudine, saca la linterna que está en la guantera —pidió Angie.

—¡No, no! —casi gritó Sophy.

—Vámonos —pidió Nina—. Pon el coche en marcha.

—El motor está en marcha, pero si regresamos al centro de la carretera será como suicidarnos.

Claudine le pasó la linterna y Angie dirigió el haz de luz hacia el cristal para ver el exterior.

—¡Está ahí, está ahí! —exclamaron Brigitte y Sophy.

Aquel ser que estaba en el exterior y cuyo rostro no podían llegar a ver, se pasó a la ventanilla junto a Angie.

—Tranquilas, es alguien que a lo mejor pide ayuda.

—Pues aquí no cabe nadie más —replicó Brigitte.

Sophy agregó:

—Estará todo mojado.

Angie bajó un poco el cristal, sólo lo suficiente para que pasara la

voz de quien pudiera estar en el exterior.

—¿Qué quiere, quién es? —preguntó a gritos mientras el agua rebotaba contra el cristal de la ventanilla y la salpicaba en parte, mojando sus ropas.

—Aquí están en peligro. El río se ha desbordado y está subiendo; corren mucho peligro —dijo la voz gruesa, casi cavernosa.

—¿Dónde podemos encontrar un refugio? —preguntó Angie cuando otro relámpago iluminó de nuevo a contraluz aquella figura humana cuyo rostro no habían alcanzado a ver.

—Síganme y las conduciré, no se alejen de mí.

La figura del hombre desapareció bajo la lluvia. Al poco descubrieron junto a ellas otro automóvil oscuro que llevaba las luces encendidas.

—Chicas, hemos tenido suerte, nos llevarán a un refugio.

—¿Quién será ese hombre? —preguntó Claudine.

Angie soltó el freno de mano y puso la primera marcha, soltando también el embrague. El turismo azul avanzó tras el otro vehículo.

Era fácil seguir las luces encendidas evitando que la distancia entre ambos vehículos fuera superior a cinco o siete metros. Como el coche que las guiaba rodaba lento, no fue difícil acomodarse a su marcha.

Angie notaba que las ruedas de su automóvil se hundían en baches y otras veces en el fango, pero no quedaban atascadas. Se introdujeron por un puente de suelo pedregoso, un puente que debía ser muy antiguo. Hasta ellas llegó el fragor de las aguas que rugían bajo el ojo del puente.

Prosiguieron el viaje por el tortuoso camino que las alejaba más y más de la carretera.

—¿Adónde nos llevará? —preguntó Claudine.

—Esperemos que a un refugio —respondió Angie—. Esta tormenta es infernal.

En aquel instante, otro relámpago las cegó. El coche tembló como si en vez de un motor de gasolina llevara un motor de camión de cuarenta toneladas.

Cruzaron tres puentes más, puentes antiguos y estrechos construidos para caballerías. Notaron varios roces en los bajos del coche contra las piedras que pavimentaban los puentes. Oyeron el ruido de las aguas tumultuosas.

Angie prefirió no exponer en voz alta sus temores. Si el agua rebasaba el ojo principal de uno de aquellos puentes, podía derruirlo y llevarse el automóvil aguas abajo sin que nadie pudiera salvarlas.

La visibilidad se hacía cada vez más penosa bajo aquel diluvio mientras anochecía con gran rapidez. Pese a llevar los faros encendidos, seguían con dificultad al coche que les precedía y guiaba,

no sabían hacia dónde.
El camino forestal se adentró por un espeso bosque, notaron más escalofriantes arañadas en los bajos del coche. Llevaban un automóvil bastante seguro, pero no era un jeep y la altura de los bajos no era suficiente para rebasar obstáculos.
—Se va a romper el coche, ¿verdad? —sugirió Claudine.
—Esperemos que no.
—¿Qué puede pasar? —preguntó Sophy.
—Pues, si una piedra nos parte el cárter, perderemos el aceite y el coche se parará.
Angie empezó a dudar de si habría hecho bien al seguir a aquel desconocido que les marcaba el camino con su automóvil.
Al fin, el coche que les precedía se detuvo. Pese a la cortina de agua, vieron una gran masa oscura. Era ya de noche y la luna, detrás de las nubes, debía de ser muy grande, casi redonda, porque su luz llegaba a traspasar las nubes, emitiendo una débil claridad. Llovía, pero ya no tan torrencialmente.
Angie observó los controles del coche y no detectó nada que hiciera pensar que el coche se hubiera estropeado. Había presión de aceite y la temperatura del agua estaba baja.
—Gracias a Dios —exclamó Claudine—, Ya tenemos refugio.
—Ahí hay una casa.
Las luces del coche que les precedía se apagaron.
—Bueno, ahora no llueve demasiado —observó Angie—. Podemos salir corriendo hacia la puerta de la casa. Pasaremos la noche aquí y mañana, si no diluvia, reemprenderemos la marcha.
—¿Habrá teléfono para avisar?
—No lo sé —dijo Angie—, pero tengo la impresión de que estamos muy lejos del pueblo.
Abrieron las portezuelas para salir todas, corriendo bajo la lluvia.
Subieron los anchos peldaños desgastados por el tiempo y llegaron al atrio que las protegía de la lluvia, un atrio que tenía grandes charcos. Las enredaderas trepaban por las columbas, se pegaban a las paredes.
Al volverse para mirar, advirtieron algo extraño y fue Angie quien lo expresó en voz alta.
—El coche no está.
—Sí, está ahí —repuso Claudine, señalándolo.
—Ese es el mío, me refiero al que hemos estado siguiendo.
Brigitte opinó:
—Se habrá ido al garaje. El tuyo también debías haberlo metido en el garaje en vez de dejarlo ahí, bajo la lluvia.
—Más agua que ha soportado… —objetó Sophy, despectiva.
—Ahora no le pasa nada —dijo Angie—. Llueve menos que antes.

Anina inquirió:

—¿Y el hombre que nos ha traído aquí?

—Será mejor que entremos —propuso Angie.

La puerta de aquella gran casa cuya estructura exterior no podían ver por ser de noche y estar lloviendo, era grande, oscura, de doble hoja. Asieron el picaporte y golpearon con él. El ruido adquirió como una amplificación siniestra, quizás a causa de la humedad, quizás por el bronce o el grosor de las puertas que sostenían el picaporte.

—Tengo frío —se quejó Nina, estremeciéndose.

Sophy opinó:

—Parece que no hay nadie.

—Volvamos a llamar —propuso Claudine.

Angie volvió a golpear con el picaporte. Casi de inmediato, la gruesa hoja de madera chirrió al abrirse.

Las cinco jóvenes mujeres, casi unas muchachas, quedaron frente a un individuo que les pareció exageradamente alto, acaso por lo delgado.

Sostenía en su mano un candelabro de tres velas y antes de que pudieran fijarse en su rostro, una fuerte ráfaga de viento apagó las vacilantes llamitas.

—Pasad, sed bienvenidas.

Se produjo un nuevo relámpago seguido del trueno que casi las empujó al interior de la inmensa casa que acababa de franquearse para ellas.

CAPITULO II

Al cerrarse la puerta quedaron en la más absoluta e impenetrable oscuridad.

—Encienda las velas —pidió Sophy.

Nadie respondió.

Una sensación de frío, de intensa humedad, se apoderó de todas ellas. El olor a moho era desagradable, pero ansiosas por buscar la luz y huir de la tormenta que se abatía en el exterior, no dieron importancia a aquellas sensaciones que contribuían a mantener el desasosiego y la inquietud en ellas.

Una llama pequeña apareció en la mano de Claudine; era su encendedor de gas.

—Acerque las velas —pidió.

Sus miradas buscaron inútilmente al hombre que acababa de abrirles la puerta; éste no aparecía en torno a ellas.

—Yo me voy —dijo Sophy, siendo la primera en mostrar su intranquilidad.

—Márchate, ya veremos adonde llegas —objetó Angie.

Brigitte señaló:

—Ahí hay otra puerta.

Avanzaron las cinco como apelotonadas, sin osar separarse unas de otras.

Cruzaron lo que parecía un vestíbulo y entra::." en un amplio salón con escaso mobiliario. Al fondo de la estancia destacaba una enorme chimenea hogar. Parecía de mármol negro labrado, pero aún no alcanzaban a verla bien por la distancia, unos veinte pasos, quizás más. Dentro de su gran boca ardían unos troncos colocados en horizontal, unos encima de otros.

—¡Qué bien, fuego! —exclamó Sophy.

Con el deseo de huir del frío, avanzaron rápidas hacia el fuego, casi corriendo, como si fueran mariposas nocturnas. No había ninguna luz encendida; sin embargo, gracias a las llamas, pudieron ver que en las paredes colgaban grandes óleos, pero tan oscuros que no se veía lo pintado en ellos.

La mansión parecía muy antigua; en ella abundaba más la piedra que las maderas. Al salón se abrían varias puertas. Una de ellas, más amplia que las otras, parecía doble.

—Aquí celebrarían fiestas —observó Brigitte.

—¿Os habéis dado cuenta?

Todas miraron a Angie. Sophy fue la que preguntó:

—¿De qué?

—Que este salón parece la nave de una capilla, y la chimenea el

altar.

—¿Qué tonterías dices? —objetó Brigitte.

—Pero ¿dónde está el hombre que nos ha abierto la puerta? —preguntó Claudine, perpleja.

Sophy se echó a reír.

—Habrá huido, asustado al ver a tantas chicas juntas.

—A mí, esta mansión no me gusta —advirtió Nina.

—¿Crees que nos podremos ir cuando deje de llover? —preguntó Claudine a Angie.

—De noche, yo no salgo con el coche. No sé ni dónde estamos. Sólo faltaría que uno de los puentes que hemos pasado se hubiera hundido; caeríamos al río.

Claudine comentó:

Dicen que después de la tormenta llega la calma.

—No entiendo por qué nos quejamos tanto si tenemos un techo para guarecernos de la tormenta. Estamos a salvo y también tenemos fuego para calentarnos —dijo Angie, que era la que parecía más segura de sí misma.

—¿Y el hombre que nos ha abierto la casa? —insistió Claudine.

—¡Eeeeeeh! —gritó Sophy—. ¡Que no nos comemos a nadie!

—¿Y no tendrá comida? —preguntó la habitualmente silenciosa Nina—. Yo tengo hambre.

Las demás también estaban hambrientas, pero el hombre que las recibiera no aparecía por parte alguna.

Descubrieron varios candelabros colocados sobre algunos viejos muebles. Claudine propuso:

—Encendámoslos todos. Veremos un poco más y podremos buscar al dueño de la casa.

Prendió el pábilo de las velas con su encendedor. Dejaron dos candelabros encendidos en el salón para iluminarlo aunque fuera débilmente, y Angie propuso:

—Hay que buscar a la gente de la casa y si encontramos la cocina, mucho mejor.

—¿Y por dónde se irá a la cocina? —preguntó Brigitte.

—No lo sabemos, pero buscaremos.

—Es muy raro que el hombre que ha abierto la puerta haya desaparecido, ¿verdad? —observó Sophy.

Se dirigieron hacia una de las puertas y una impenetrable oscuridad quedó ante ellas. Angie adelantó el candelabro.

—Esto son escaleras que bajan.

—Será al sótano, ¿verdad? —inquirió Sophy.

Escucharon un extraño ruido que procedía del fondo, y como un largo gemido infrahumano. Angie cerró la puerta de inmediato, como si temiera que de un instante a otro pudiese trepar por la escalera,

escapando del tenebroso sótano, algún ser maligno que ahora permanecía allí agazapado.

—Hay alguien abajo, ¿verdad? —preguntó Claudine.

—No, no creo —respondió Angie—. Cualquier lugar vacío de una casa tiene ruidos sospechosos; creo que el silencio absoluto no existe. La imaginación suele jugar malas pasadas si se presta demasiada atención a ruidos que carecen de importancia.

—¿Y cómo sabes que no tienen importancia? —insistió Sophy.

—Un ruido lo puede provocar un ratón saltando de un lugar a otro, también la contracción de una madera, algo metálico, una corriente de aire desconocida… Hay multitud de causas.

—¿Todo eso os enseñan en la facultad de Psicología? —preguntó Sophy.

—Que te lo digan Nina y Brigitte.

—Cuando tienes un buen catedrático… —replicó Brigitte.

—Todo esto es intrigante —aceptó Claudine—. A mí, como periodista interesa mucho; por eso me he unido a vosotras en esta visita a Marzanna. Lo que no esperaba es pasar por esta mansión. Cuando volvamos al coche, tomaré mi cámara fotográfica y haré algunas fotos de este lugar, si es que encuentro algo interesante.

Aquel intercambio de palabras las relajó un tanto. Las velas iluminaban débilmente el amplio salón, uniendo su luz a las llamas de la gran chimenea donde continuaban ardiendo los troncos apilados.

Fueron en busca de otra puerta. Las abrieron y se encontraron con un corredor que terminó por conducirlas a lo que debía ser una gran cocina.

—Aquí tampoco hay nadie —observó Brigitte.

La cocina disponía de una gran campana recogedora de humos y una ancha y larga mesa donde no sólo se podía trabajar para cocinar, sino también comer. Había armarios y encimeras, y les llamó la atención una doble hilera de tinajas de barro de unos cincuenta o sesenta litros de capacidad, tinajas viejas de ancha boca. Seis de ellas estaban cubiertas por una materia blancuzca, sucias por el polvo que se había acumulado sobre ellas. Las otras tinajas se hallaban vacías.

—¿Qué será esto? —preguntó Sophy.

—No creo que sea comestible —opinó Angie—. Y será mejor no llevarse nada de esto a la boca por si acaso es venenoso.

Claudine abrió uno de los armarios bajos y observó:

—Aquí hay sacos de plástico bien cerrados.

—¿Pone de qué son? —preguntó Angie.

Acercaron la luz de una vela. Claudine leyó:

—«Cal viva».

—Vaya, parece que quieren hacer obras —opinó Angie.

—¿Tú crees? —Claudine hizo una mueca de escepticismo.

—Sé poco de albañilería, pero creo que la cal se mezcla con arena y sirve como mortero de baja calidad.

—Aquí no hay nada para comer, ni creo que lo haya habido en mucho tiempo —se quejó Sophy—, Todo está lleno de polvo y telarañas. Sería mejor que nos fuéramos; no me gusta este sitio.

—Volvamos al salón, para acercarnos a la chimenea —propuso Angie.

Abandonaron la enorme y lúgubre cocina en la que en otros tiempos podía haberse preparado comida para muchos comensales.

En el salón ocuparon butacas de alto respaldo y asientos de cuero. Para escapar al frío y a la humedad, formaron un círculo frente a la chimenea, de tal modo que al hablar podían verse las caras.

Angie se sentó en el centro y a su izquierda se acomodaron Brigitte y Nina, que eran estudiantes de psicología como ella. A su derecha se sentó Claudine que estudiaba periodismo y Sophy, que no estudiaba nada. Había comenzado la carrera de Derecho, pero al fracasar estrepitosamente en el primer curso, abandonó los estudios. Sin embargo, mantenía la amistad con el grupo de muchachas, y si éstas decidían ir a alguna parte, no dudaba en acompañarlas.

—Bueno, ya estamos aquí junto al fuego y parece ser que el individuo que nos ha abierto la puerta es muy asustadizo ante las mujeres o pretende gastarnos una broma —ironizó Angie.

Brigitte preguntó:

—¿Qué haremos ahora?

—Creo que lo mejor es quedarnos aquí hasta que se haga de día y si la tormenta ha amainado, cogeremos el coche y nos iremos.

—¿Y pasaremos toda la noche sin comer nada? —inquirió Sophy, preocupada pero hambrienta.

—Yo no tengo nada, y no parece que estemos en un parador de carretera —observó Angie.

—Si encuentras algo que llevarte a la boca, no te lo vamos a quitar —se rió Brigitte.

Quedaba más que claro que allí no había nada con que alimentarse y dentro de la casa no parecía haber otra agua que la que caía torrencialmente sobre ella y sus alrededores.

—Este lugar es tétrico, hasta misterioso pero muy interesante —opinó Claudine desde su punto de vista de periodista. Aún no había terminado la carrera, pero se sentía como tal.

—¿Por qué no nos olvidamos de comer y tratamos de pasar esta noche charlando? No creo que podamos salir antes de aquí, y nuestro anfitrión no se deja ver.

—A mí me parece bien, Angie —aprobó Brigitte—. Pero ¿y si nos ataca?

—¿Atacar? Somos cinco —replicó Angie.

—Si vive solo en un lugar como éste, puede estar loco.

Casos así los hemos estudiado en la facultad de psicología.

—Sí, puede ser un neurótico —admitió Claudine—, De cuando en cuando saltan a los teletipos de los periódicos psicópatas asesinos. Algunos son descubiertos después de cometer varios crímenes.

—No empecéis a meter miedo —protestó Sophy mirando hacia los rincones del salón donde reinaba la oscuridad, como si en aquellas tinieblas hubiera agazapado alguien observándolas.

CAPITULO III

Pasaron más de dos horas hablando sobre vaguedades y se fueron relajando.

—Se va a hacer largo esperar hasta que se haga de día —bostezó Sophy.

Angie se sentía casi culpable de que estuvieran allí, como presas en aquella tétrica y desolada mansión, pero se dijo que peor hubiera sido ser arrastradas por las aguas.

—Si alguna quiere dormir, puede intentarlo. La verdad es que a mí, si he de conducir mañana, no me iría mal pegar una cabezada, pero admito que soy incapaz de dormir en estas circunstancias.

—Y yo —dijo Claudine.

Parecía que ninguna pudiera dormir. Pese al relajamiento. en todas ellas anidaba una extraña inquietud provocada por aquella mansión casi siniestra que habían comenzado a recorrer, prefiriendo en seguida renunciar a su exploración rara no encontrarse con algo desagradable. La mansión parecía grande, debía tener muchas habitaciones.

—¿Habéis observado que los troncos no parecen quemarse? —señaló Nina.

Claudine opinó:

—Pueden ser de encina o roble, que arden muy lentamente.

—Da poco calor este fuego —se quejó Sophy—. Yo tengo frío.

—La casa está helada y cargada de humedad. Un caserón como éste, en el que no vive nadie, ha de estar forzosamente helado —manifestó Angie.

Claudine objetó:

—Vive el hombre que nos ha traído hasta aquí, que puede ser el mismo que nos ha abierto la puerta y ha encendido estos leños; todas le hemos visto.

—A mí me da la impresión de que arden sin consumirse —insistió Nina, con sus ojos azules fijos en las llamas.

Sophy se rió, burlona.

—Sí, como el arbusto que ardía sin quemarse cuando Abraham iba a sacrificar a su hijo Isaac.

No se dio ninguna importancia a las observaciones de Nina.

Angie recordó entonces:

—Extraña mujer.

—¿Te refieres a Marzanna? —preguntó Claudine.

—Sí, ella ha sido el motivo de este viaje.

Sophy, despectiva, opinó:

—A mí me ha parecido una farsante.

—Pues yo creo que tiene poderes extrasensoriales —opinó Brigitte —, poderes que ella llama mágicos.

—La verdad es que no ha presumido de tenerlos —concretó Claudine.

—Sólo había que ver su casa, llena de libros, cuadros, amuletos, estatuillas y objetos de anticuario —recordó Sophy.

—¿Acaso es malo tener libros? —preguntó Claudine, sorprendida, mirando a su amiga Sophy, mucho más frívola que ella.

Sophy y Claudine llevaban casi el mismo peinado, con gran abundancia de ricitos, sólo que Sophy era rubia y Claudine, morena.

—No, no digo eso, pero he leído los lomos de algunos libros y todos eran de magia y escritos en muy diversos idiomas.

—A mí me interesa todo lo mágico —musitó Nina.

—Sí, a las de psicología os chifla todo lo mágico y satánico — reprochó Sophy.

Brigitte intervino para puntualizar:

—Nos interesa conocer la parapsicología, la astrología y todas las mancias. Con todo eso se puede conocer mejor al ser humano. Tenemos herencias atávicas sobre lo mágico; por ello hay fobias y filias de hermético significado.

—Ya te estás enrollando —protestó Sophy—. Reconoce que os gusta jugar a ser un poco brujas.

Claudine se encogió de hombros.

—A todas las mujeres nos gusta ser un poco brujas o mejor, hadas, o ambas cosas. Hay ocasiones en que nos gustaría disponer de maleficios y en otras, lanzar conjuros positivos. También nos gusta un poco el sadismo y algo menos el masoquismo. La brujería debió nacer en la noche de los tiempos, cuando el hombre salía a cazar y la mujer quedaba sola en su choza o cueva y comenzó a recoger plantas y a suplicar a los dioses suerte para ella y los suyos, y mala suerte para sus enemigos.

—Una exposición muy infantil —objetó Sophy con peyorativa suficiente.

—Yo creo que todas tenemos razón en algo —medió Angie—. De lo que sí estoy segura es que Marzanna no es una mujer vulgar. Tiene un cierto prestigio entre los ocultistas. A quienes estudiamos psicología nos interesa contactar con esos seres lo mismo que con los enfermos de la mente.

—¿Quieres decir que esas farsantes que aseguran ser magas no son más que pobres locas? —preguntó Sophy.

—No, no pretendo decir tal cosa; lo que ocurre es que tú siempre tienes deseos de coger a los demás en falta, quieres confundirnos. Psicóloga es la que estudia el psi, es decir, la mente, y no es preciso que la persona estudiada esté enferma. A las enfermas, los psicólogos

o psicólogas, como será en nuestro caso, les ayudan a curarse. Marzanna es un ser singular.

—Yo he tomado mis notas y pienso escribir un reportaje sobre ella —manifestó Claudine—, pese a que no me autorizó a que le tomara fotografías, ni de ella ni del interior de su casa, aunque ya visteis que las hice por fuera.

—¿Un reportaje? Si nadie va a publicártelo, sólo eres una estudiante —arguyó Sophy.

—Hay que hacer prácticas.

—Bah, hemos ido a visitar a esa mujer impulsadas por una curiosidad morbosa. Yo no creo nada de lo que dicen de ella, no creo en las adivinaciones ni en sus poderes de ocultista.

—Entonces, ¿por qué has venido con nosotras? —preguntó Brigitte, molesta.

—Porque si me quedo en casa, me aburro. Esto es una excursión, simplemente.

—Tú eres una tonta ignorante; por eso no has podido seguir en la facultad.

—¿Tonta yo? Bah, me das pena. A mí no me hace falta estudiar, tengo la vida resuelta.

—Sí, haciendo de niña de papá hasta que un hombre pague por acostarse contigo.

Ante la acusación de Brigitte, Sophy se encrespó.

—Yo no me vendo. Me casaré con un joven adinerado con aspiraciones a político pero de los importantes, y viajaré por todo el mundo.

—Vender el entrepiernas a un solo hombre también es: prostituirse —puntualizó Brigitte.

—¡Me estás insultando!

—Pues claro. ¿Es que crees que muchas casadas que han ido al matrimonio sólo para conseguir una posición de confort en 1?. vida no son prostitutas también? La mujer ha de seguir valiendo por sí misma aunque se apareje, ejerza una profesión o sea simplemente colaboradora o compañera de su marido.

—¿Por qué no tenemos paz? —terció Angie—, Sería ridículo que ahora nos enfadáramos. Hemos de pasar la noche aquí frente a este fuego, en una mansión lóbrega, porque parece de película de dráculas.

—Por favor, no menciones al diablo —pidió Nina.

—Vaya, la mosquita muerta tiene miedo.

—¿Y tú no? —preguntó Nina, encarándose con Sophy.

—¡No!

—¿A ti no te ha impresionado Marzanna?

—No.

—Pues, a ver si lo demuestras.
—¿Cómo?
—Si no tienes miedo, ¿por qué no vas hasta la puerta, das dos palmadas y regresas?
—¿Sola?
—Sí, claro —asintió Brigitte.
Sophy miró hacia el fondo del salón, hacia su oscuridad apenas rasgada por la luz de las velas.
—Qué tontería. ¿Por qué habría de hacer tal cosa?
—Para demostrar que eres más valiente que las demás.
—¿Por qué no nos dejamos de niñadas? —atajó Angie—. Todas somos ya mayores de edad, estamos muy cerca de convertirnos en licenciadas en psicología, y Claudine en periodismo.
—Sí, pero Sophy en nada, y no será porque no hayan puesto medios a su alcance.
—¡Te voy a sacar los ojos! —protestó Sophy.
—¡Ya está bien! —exclamó Angie poniéndose en pie delante de Sophy para que ésta no fuera contra Brigitte.
—Si teníamos que acabar peleándonos —se lamentó Claudine—, ya me lo suponía.
—Estáis todas contra mí, ¿verdad? Y sólo porque vosotras estudiáis y yo prefiero ser una mujer importante a través de un buen marido.
—Seguimos siendo todas amigas, Sophy, siéntate. Para nosotras era importante conocer a la ocultista o como quiera adjetivarse. Claudine quiso venir como experiencia periodística, y tú también quisiste acompañarnos, aunque sólo haya sido para no aburrirte en casa. Por favor, no nos peleemos.
—Está bien, pero en algún momento os demostraré que no tengo ningún miedo.
—Magnífico. —Se volvieron a sentar—, A mí, la casa de Marzanna me pareció muy interesante y antigua, y ha quedado claro que ella está empollada en todas las mancias y que daría muchas lecciones a los que escriben horóscopos en las revistas del corazón.
—A mí lo que más me sorprende fue su extraña peluca.
Ante aquella observación de Claudine, Nina se echó a reír.
—Creíste que era una peluca de ricitos.
—Y en vez de ricitos eran cientos y cientos de falitos; la tía es muy erótica —asintió Claudine.
—Pues yo pensé que eran como pequeñas serpientes —confesó Brigitte— como el peinado de las gorgonas.
Angie comentó:
—Lo que más me ha impresionado de ella han sido sus ojos, grandes, oscuros... parecen taladrarte. Esa mujer, en su juventud,

debió ser muy bella y conserva parte de esa belleza.

—¿Cuántos años crees que tiene? —preguntó Claudine.

—Imposible averiguarlo.

—¿Crees que recibe a mucha gente para hacer adivinaciones?

—Yo pienso que recibe a los que pueden pagar y también a los que ella considera importantes o interesantes.

—Opino como Angie —declaró Brigitte—. Marzanna elige cuidadosamente a sus digamos clientes.

—A mí me impresionó mucho cuando encendió aquella especie de quemador para perfumes. Era sándalo lo que quemó, ¿verdad?

—Sí, madera de sándalo, y algo más debió de poner sobre las brasotas de carbón —dijo Claudine.

La conversación se fue centrando en sus impresiones sobre la reciente visita a la maga y ocultista Marzanna.

—Pues a mí me hubiera gustado que me leyera el porvenir con las llamas de aquel extraño infiernillo de alcohol.

—Parecía una bruja —sentenció Sophy.

—Sí, pero tú bien que le pediste que leyera tu porvenir en las llamas.

A la acusación de Brigitte, Claudine recordó:

—Como dijo que leería el porvenir de una sola...

—Si tuviera que creerme que voy a encontrar el gran amor de mi vida y que sufriré una corta pero violenta pasión, sería de risa.

—Lo que no te gustó es que añadiera que vivirías muy poco tiempo.

—Tonterías —replicó Sophy, nerviosa a pesar suyo.

—Te auguró una muerte violenta —insistió Brigitte, con deseos de fastidiar a su amiga.

—Por favor...

—Es mejor que no hagáis alusión a esa circunstancia —pidió Angie.

—¿Por qué no? —preguntó Brigitte—. Marzanna lo dijo bien claro, Sophy viviría poco tiempo y tendría una muerte violenta.

—Brigitte, tú sabes, porque lo hemos estudiado en la facultad, el poder que ejerce un vaticinio negativo sobre una persona influenciable. Ese es el origen del llamado mal de ojo o del vudú.

—Yo no soy tan influenciable —protestó Sophy—. Y no me creo nada de lo que me dijo esa farsante.

—¿Por qué no cambiamos de tema? —cortó Angie—, La noche es larga y afuera sigue la tormenta.

Como si hubiera hecho alguna indicación a la mismísima tormenta, saltó el relámpago que iluminó las ventanas. Después, toda la extraña mansión tembló con el fragor del trueno mientras las llamas que envolvían aquellos leños que no parecían quemarse se



estiraban como empujadas por una fuerte ráfaga de viento.

CAPITULO IV

—Ahora que nadie nos oye, ¿por qué no confesamos con qué personaje nos gustaría pasar una emocionante noche de amor? —preguntó Angie mirando a sus compañeras con aire divertido.

Claudine quiso precisar:

—¿Personaje, te refieres a alguien vivo o muerto?

—¡Muerto, muerto! —casi palmoteó Brigitte—. Esto es como jugar al espiritismo.

—Parece mentira... Te las das de psicóloga y quieres jugar al espiritismo como una burguesita que se aburre.

—Tú siempre quieres estropearlo todo, Sophy, eres negativa —acusó Brigitte.

—¿Por qué no nos centramos en el tema? —propuso Angie—. Hemos estudiado lo suficiente como para saber concentrarnos en un solo tema y no terminar hablando incoherentemente, sin ideas, como los papagayos.

—A mí me parece bien —aceptó Claudine—. Creo que no tendremos otra situación como ésta para tratar un tema semejante.

Nina no se mostró de acuerdo.

—Yo no le veo la gracia. Este lugar es singular y nuestra presencia aquí también es singular. Hemos venido siguiendo a alguien que ha desaparecido, estamos en una mansión desconocida y el que nos ha abierto la puerta también ha desaparecido. Os confieso que si estuviera sola ya me habría vuelto loca de miedo y me habría escapado corriendo bajo la lluvia, pero somos cinco y eso da ánimos.

—Pensar en personajes históricos desaparecidos tiene su encanto, será como convocarles a que aparezcan.

—Brigitte, a mí me da miedo —insistió Nina.

—¿Es que tú nunca has pensado en alguien?

—Sí, pero sería viéndole joven.

—¿A quién, por ejemplo?

—Pues, a Robin Hood.

—¿Robin Hood? Pero ¿tú qué quieres, rememorar al auténtico Robin Hood o a Errol Flynn, que es quien interpretó al personaje en el film sobre esa leyenda? —preguntó Sophy.

—A mí me gustaría encontrarme con Stanley —confesó Claudine con un sonoro suspiro.

—¿Qué Stanley? —quiso saber Sophy.

—Es el periodista norteamericano que buscó al doctor Livingstone por toda África, inculta —le explicó Brigitte.

—Sin ofender.

—Stanley fue el periodista integral, viajero, aventurero y buen

escritor —explicó Claudine—. Sería fascinante ser su compañera.

—Pues a mí me cae bien AlIan Kardec —confesó Brigitte.

—¿El padre de los espiritistas? —preguntó Angie.

—Sí, el mismo. De él aprendió Papus y muchos otros.

—¿Eres tú una de las que llevan flores a su tumba en Pére Lachaise? —le preguntó Claudine.

—Confieso que en alguna ocasión sí le he llevado flores; la suya es una de las tumbas más floreadas del cementerio del Pére Lachaise. Tiene más flores que la tumba de Chopin.

—En vez de psicóloga debías haberte hecho espiritista... ¿O no existe esa carrera? —se mofó Sophy.

—Y a ti, querida, ¿con quién te gustaría encontrarte? ¿Con un príncipe azul que te ofreciera un palacio adonde fueran a rendirte pleitesía todos los nobles de Europa? —preguntó Brigitte engolando la voz, como si explicara un cuento a niñas tontas.

—Te equivocas. Una cosa es la realidad, la vida práctica, y la otra, los sueños, las fantasías.

—No me digas que tienes otros deseos.

—A mí me gustaría encontrarme con Rasputín.

Todas silbaron de sorpresa y admiración.

—¡Quién lo iba a sospechar, Sophy y Rasputín! En él fondo debes ser una masoquista —le observó Claudine.

—Leí su historia cuando tenía catorce años y me impresionó vivamente. Un hombre que resistía a los tiros y al cianuro, y que tenía cautivos de su inteligencia y de sus poderes a la zarina y al zaravich de Rusia. Fue un hombre que estuvo por encima de los demás.

—Sí, y también era muy porno.

—Bueno, era erótico como todo varón bien constituido —replicó Sophy.

—Le gustaba rodearse de mujeres y bailar desnudo para ellas —insistió Brigitte.

—Si le miraban es que debía tener sus encantos.

—Ahora sólo falta Angie —señaló Claudine.

La aludida se encogió de hombros y dijo:

—No sé si será porque soy tonta, pero a mí, como personaje de la historia, me cae bien Marco Antonio, posiblemente porque leí la obra de Shakespeare o porque Marión Brando interpretó el personaje en el cine... o quizás porque amaba a Cleopatra hasta la muerte.

—Ya tenemos todas un ideal de hombre. Por lo oído, ninguna de nosotras es discípula de Safo —comentó Claudine.

—AlIan Kardec, Brigitte. Robin de los Bosques o Errol Flynn, para Nina —fue concretando Angie—. El periodista Stanley para Claudine, Rasputín para la sorprendente Sophy, y Marco Antonio para mí. Cinco varones excepcionales, pero todos ellos muertos y nosotras, pletóricas

de vida, con la sangre caliente.

—Será difícil que en nuestra vida encontremos a hombres que puedan igualar a los que hemos nombrado —comentó Brigitte—. Tendríamos que hacerlos volver del Más Allá.

Angie se relajó en su butaca, estiró sus largas piernas. En voz alta, reflexionó:

—Nosotras somos jóvenes pero no unas niñas. No creo que haya muchas vírgenes entre nosotras, pero no voy a preguntar quién lo es y quién dejó de serlo.

—¿Adónde quieres ir a parar? —preguntó Sophy.

—Si alguna de nosotras se encontrara con uno de los personajes que hemos confesado admirar o casi amar, ¿nos entregaríamos en sus brazos para que nos poseyera plenamente?

—Si fuera Rasputín, ¿por qué no? —se rió Sophy.

—Yo creo que me convertiría de inmediato en la amante de Stanley, sin pedirle nada a cambio.

—Pues a mí me gustaría ser la sacerdotisa de AlIan Kardec y que me poseyera aunque fuera en un altar, en medio de una ceremonia ocultista. Sería muy interesante, bueno, creo que alucinante.

—Pues si a mí se me apareciera Robin de los Bosques, o lo que es lo mismo, Errol Flynn, me tomaría un doble de lo que fuera para pasarme el susto —bromeó Nina.

Todas miraron a Angie a la que aún faltaba pronunciarse.

—Como se supone que Marco Antonio no va a venir porque está muerto y casi hace dos mil años de ello, ¿por qué no?

—Lo dices porque no corres el peligro de que se presente ante ti y tengas que despojarte de tus ropas y abrirte de piernas para que él penetre en tu cuerpo —reprochó Brigitte con dureza.

—No te pases.

—Qué jodida si eso ocurriera —exclamó Sophy, riéndose—. Empieza a interesarme el juego. En los museos de cera tendrían que poner a los hombres con todos sus atributos viriles, en máxima erección, así podríamos admirarlos mejor.

—Sophy, eres una zorra —silabeó Brigitte.

—¿Y tú no? Siempre estamos guardando las formas como chicas bien educadas, pero en el fondo, ¿en qué estamos pensando todas, qué alucinaciones tenemos, durmiendo o despiertas? Vemos al hombre que nos gusta y que se acerca a nosotras y nos penetra. ¿Es que no lo deseáis vosotras?

—Las alucinaciones no son realidad.

—Ya habló la periodista.

—Yo creo que podríamos proseguir el juego, pero con mucho más interés —propuso Brigitte.

—¿Ah, sí, cómo? —preguntó Sophy.

—Todas sabemos a qué hombres deseamos. Podríamos tratar de hacerlos venir a nuestro lado.

—Como no sea dándonos un pico de caballo... —replicó Sophy—. Ahora, con un poco de droga, podríamos soñar con nuestros admirados «machos». Los veríamos tal como imaginamos que fueron y nos harían todo lo que nosotras deseamos.

—Todo eso son alucinaciones eróticas de drogadictas —puntualizó Claudine.

—Yo propongo algo mejor.

Todas miraron a Brigitte. Fue Angie quien trató de concretar:

—¿Qué es lo que tú propones?

—Invocar a los espíritus de esos personajes. El marco es el ideal, estamos lejos de toda influencia negativa para el espiritismo. Aquí no hay ni electricidad, es de noche. Sí, podemos invocarlos, quizás nos oigan y acudan a nosotras. ¿Os imagináis?

—Esta no tiene remedio —acusó Sophy—. Ya le salió otra vez la vena espiritista. Eso de la psicología es sólo para enmascarar sus tendencias.

—Yo he asistido a algunas sesiones espiritistas. Admito que algunas son una farsa, pero otras no. Aquí podemos celebrar una; nadie va a molestarnos y tampoco nadie se va a enterar de que la hemos hecho.

—Para celebrar una sesión de espiritismo nos haría falta la presencia de Marzanna —observó Claudine—. Ella me parece la persona idónea para una sesión de este tipo.

—No creáis, no es tan difícil —explicó Brigitte—. Hay sesiones en que interviene una médium.

Angie puntualizó:

—Ninguna de nosotras es médium.

—Las chicas algo más jóvenes que nosotras son todas médiums en potencia. Quizás nosotras todavía, como somos muy jóvenes, tengamos muy desarrollada la sensibilidad, la hiperestesia, el poder de captación. Yo creo que en una ceremonia espiritista podríamos conseguir que las cinco fuéramos médiums.

—¿Las cinco? —se asombró Claudine—. ¿No te pasas?

—Puede que alguna no lo consiga, pero podríamos intentarlo. Es posible que esta mansión quede dentro de las corrientes de encuentros de los seres que viven en la muerte, eso nos podría ayudar. Como sabréis, hay lugares especialmente aptos para ceremonias de iniciación. No es que esta sesión que os propongo sea una ceremonia de iniciación, podemos tomarla simplemente como una diversión, pero eso sí, si empezamos la ceremonia tendremos que concentrarnos y participar; de lo contrario no surtirá ningún efecto.

—Pues, ya que estamos dispuestas a no dormir, por mí adelante.

—Sophy ya está de acuerdo. ¿Y las demás? —preguntó la pelirroja Brigitte, echando hacia atrás su melena. Sus labios eran gruesos pero perfectamente dibujados.

—Si ya hemos visitado a una ocultista, ¿por qué no jugar a espiritistas? —rezongó Claudine, aceptando el juego.

—Sí, ¿por qué no, qué puede pasar? —preguntó Angie, algo divertida.

—Lo único que puede ocurrir es que aparezca el hombre deseado —dijo Brigitte.

—Eso no me lo creo ni aunque me lo jures, pero, adelante.

—¿Y tú, Nina?

Todas miraron a la más callada y tímida del grupo.

—Pues, tengo un poco de miedo a estas cosas.

—¿No vas a ser psicóloga? —inquirió Sophy, despectiva y algo impaciente.

—Sí, pero pienso especializarme en psicología infantil.

—Bueno, ¿participas o no?

—De acuerdo.

—Entonces, empecemos. —Brigitte miró los lefios que ardían y dijo—: Tenemos unas llamas magníficas que no parecen acabarse. El fuego es el símbolo del infierno y dentro de él están los príncipes del averno. Del fuego brotan todas las fuerzas del mal.

—Pero ¿qué pretendes, hacer una sesión espiritista o satánica? —preguntó Angie.

—Será una sesión de invocación a los muertos. Hay que pedir ayuda a alguien y ¿a quién mejor que a los que rigen las fuerzas de la oscuridad?

—Te lo tenías muy callado.

—Déjate de tonterías, Sophy, esto es muy serio.

—Sí, ya lo veo.

—Intentemos hacerlo bien, aquí cerca del fuego no tenemos frío. Acercaremos más las butacas formando un semicírculo frente al fuego, de tal modo que podamos tomarnos las manos unas a las otras. Claudine, por un extremo alarga tu mano hacia el fuego como si quisieras tocarlo y yo haré lo mismo por el otro lado; pero antes, desnudaremos nuestros pies.

—¿Para qué? Hace frío.

Ante la observación de Claudine, Brigitte, que estaba muy animada, explicó:

—No tendremos frío, es para posar las plantas de los pies sobre el suelo y así captar mejor las corrientes magnéticas ocultas que seguramente se entrecruzarán en este lugar.

—Estás dando por sentado que éste es un sitio mágico —le objetó Angie.

—¿Y por qué no ha de serlo? ¿Qué va a ocurrir si no lo es? Pues, que fracasará y nada habremos perdido.

—Pues, descalcémonos —dijo Sophy.

Todas se fueron descalzando y desnudando sus pies hasta apoyar las plantas sobre el suelo pétreo.

Nina objetó:

—Cogeremos un resfriado.

—Cuando reclamemos la presencia de los seres que deseamos, cada una de nosotras nombrará el suyo. Yo haré una invocación a los poderes que pueden ayudarnos y vosotras repetiréis lo que yo vaya diciendo. ¿De acuerdo?

—¿Y si ocurre algo, algo desagradable? —preguntó Nina.

—¿Qué va a pasar, tonta? Sólo vendrá Lucifer por debajo de las piedras y nos hará cosquillas en los pies.

—No te burles, a mi me da mucho miedo.

—Pues a mí me divierte. Sigue, Brigitte.

—Está bien. Nos mantendremos con las manos cogidas, no deberemos soltarnos.

De pronto, Angie pensó en la crucecita de oro con brillan-titos que llevaba colgada sobre el pecho, por el interior de la blusa. No era una joya para lucir, se la había regalado su madre hacía muchos años y tenía la costumbre de llevarla consigo. Para evitar que se la arrancaran de un tirón, la llevaba por dentro, cayendo entre sus dos hermosos pechos. Fue una observación fugaz, pues pronto dejó de pensar en ella, diciéndose que no tenía importancia alguna. Todo aquello era un juego, simplemente un juego.

—Prendámonos de las manos —pidió Brigitte—, ahora que ya tenemos los pies en el suelo. Tú, Claudine, tiende tu mano libre hacia la chimenea. Ahí están los poderes que nos ayudarán.

—Ya está —dijo Sophy—. ¿Empiezas las invocaciones?

—¿Te has traído una versión en fascículos de «Las clavículas de Salomón»? —se burló Claudine.

—Con lo que recuerdo de mis lecturas, será suficiente para el ritual. Atención, atención, relajemos nuestros cuerpos...

—Estoy relajada —se burló Sophy—. Mi amante siempre me pide lo mismo.

—Cerremos los ojos y vaciemos nuestra mente de pensamientos. No sentimos frío. Sobre la mansión llueve, llueve. Nuestra respiración es lenta, profunda, muy profunda. Cuando nombre al rey de los infiernos, abriremos los ojos y nuestras pupilas sólo verán el fuego. Nuestros ojos se llenarán de calor, será como si llovieran brasas sobre ellos, pero no los cerraremos, seguiremos mirando al fuego que hará que nuestra sangre circule rápido y caliente por nuestras venas.

Angie oía a Brigitte y notó que la voz de su amiga se hacía más

lenta y cavernosa; también se percató de que su propia mente se vaciaba de pensamientos, y su respiración se le hacía más lenta sin que tuviera que hacer ningún esfuerzo para conseguirlo. Por unos instantes se vio invadida por una oleada de miedo, pero luego se le pasó.

—¡Abramos los ojos!

Angie los abrió como las demás y sólo vio las llamas del fuego.

Se hallaba tan cerca de ellas que sintió el calor en sus ojos, en todo su cuerpo. Brigitte había conseguido crear el clima.

—Fuerzas todopoderosas del mundo de las tinieblas, ayudad a estas hembras que os suplican. Queremos la presencia de los varones que todas nosotras deseamos. Haced que vuelvan aunque sólo sea por unas horas para darnos todo el placer que ansiamos obtener entre sus brazos.

A Angie le pareció que el fuego aumentaba. Las llamas se alargaron como si una fuerte corriente de aire las avivara. Se podía oír un inquietante ruido dentro del propio fuego; algo extraño estaba sucediendo.

—Yo, Brigitte, suplico que venga a tomarme AlIan Kardec...

A continuación fue Nina la que habló, como si supiera muy bien el papel que debía llevar a cabo. Su voz salió también extraña de su garganta; en sus pupilas se reflejaban las llamas de aquel fuego que no se consumía.

—Yo deseo que me tome Errol Flynn.

—Yo, Angie, deseo yacer con Marco Antonio, el romano.

—Yo, Sophy, deseo ser violada por Rasputín.

—Yo, Claudine, deseo amar y ser amada por Stanley, el periodista aventurero en África.

—Repitamos juntas la invocación... Dies mies, jesquet benedo afet douvema eniteniis...

Las jóvenes repitieron las palabras en latín.

—¡Belial, rey de la sodomía, ayúdame! —gritó Brigitte.

—Belial, rey de la sodomía, ayúdame —repitieron las otras.

—Leviatán, gran almirante del infierno, gobernador de las regiones marítimas, ayúdame.

—Leviatán, ayúdame.

—Satanás, demonio de la discordia, príncipe revolucionario, ayúdame.

—Satanás, ayúdame.

—Astarté, tú que presides los placeres del amor, ayúdame.

—Astarté, ayúdame.

—Lucifer, rey de los infiernos, justiciero mayor, ayúdame.

—Lucifer, ayúdame.

—Baalberit, secretario, conservador de los archivos del infierno,

ayúdame.

—Baalberit, ayúdame —repetían las cuatro muchachas.

—Belcebú, príncipe de los demonios, señor de las moscas, ayúdame.

—Belcebú, ayúdame.

—Astarot, gran duque, tesorero de los infiernos, ayúdame.

—Astarot, ayúdame.

—Tamuz, inventor de la artillería y de la inquisición, ayúdame.

—Tamuz, ayúdame.

—Baal, gran duque, general de los ejércitos infernales, ayúdame.

—Baal, ayúdame.

—Hécate, diablesa de las tres caras que presides los callejones, ayúdame.

—Hécate, ayúdame.

—Moloch, príncipe del país de las lágrimas, ayúdame.

—Moloch, ayúdame...

La mansión se llenaba con la voz de Brigitte que era cada vez más alta, más rasgada. Era una letanía nada adormecedora, sonaba fuerte pero suplicante.

—Príncipes y nobles de las tinieblas, habéis dado la vuelta al mundo en la noche eterna de un año sin sol. Fuerzas todopoderosas, nosotras os suplicamos y para ello nos entregamos como siervas vuestras para toda la eternidad...

Nina y Angie quisieron gritar algo, quizás negarse al ofrecimiento que acababa de hacer Brigitte en nombre de todas, pero ya era demasiado tarde.

Los relámpagos se sucedieron y el fragor de los truenos hizo que toda la mansión temblara hasta sus cimientos, como si estuviera en el epicentro de un terrible seísmo. Todo parecía que fuera a derrumbarse sobre las muchachas.

Angie alzó su mirada hacia el techo y tuvo la impresión de que éste iba a aplastarlas. Las ventanas se abrieron violentamente y entraron por ellas fortísimas ráfagas de viento que apagaron las velas, sacudiendo los pocos muebles que había y agitando sus cabellos.

De pronto, los rayos entraron por las ventanas y cruzaron por encima de la cabeza de las muchachas, metiéndose entre los troncos que habían estado ardiendo lentamente. El fuego se tornó violentísimo y enormes llamaradas brotaron fuera de la propia chimenea.

Todas quisieron gritar de pánico, pero ninguna de ellas consiguió más que gemir. Pese al viento helado, comenzaron a sudar copiosamente y el sudor se deslizó por sus piernas hasta sus pies, quedando bajo sus plantas y mojando el suelo pétreo.

Dos brazos de fuego surgieron de la chimenea y cada uno de ellos

buscó una mano. Claudine sintió que el fuego cogía su mano deslizándose por su brazo y a Brigitte le ocurrió otro tanto.

Aquel fuego que no las quemaba, pasó de una a otra por tener las manos unidas hasta que llegó a Angie. Esta sintió una horrible quemazón en sus manos y el dolor fue tan intenso, tan insoportable, que desencajó sus mandíbulas y gritó como jamás creyó que pudiera hacerlo.

Se produjo como una gran explosión que las ensordeció.

Angie se sintió sacudida brutalmente y sus manos se desprendieron de Nina y Sophy. La butaca se volcó hacia atrás y Angie, caída de espaldas pero sin desprenderse de la butaca, fue empujada por las fuerzas desconocidas e invisibles que la pasearon por el salón mientras ella gritaba de terror mirando el techo donde creía ver monstruos alados que volaban sobre ella. La butaca se elevó y volvió a caer. Giró sobre sí misma sin que Angie, aterrada, dejara de gritar desesperadamente hasta que se durmió en el placer de la inconsciencia que tanto debía asemejarse a la mismísima muerte.

CAPITULO V

Nina abrió los ojos de pronto. Sus párpados se separaron dejando los globos oculares al descubierto. Por sus pupilas penetró la luz rojoamarillenta y en ocasiones azulada proveniente de las llamas que envolvían los leños.

Notó que su boca estaba seca y su cuerpo levemente húmedo, como si hubiera sudado. Se hallaba tan lejos del frío como si su cuerpo desnudo hubiera estado recibiendo los rayos del sol en la canícula mediterránea. ¿Qué le ocurría?

Tuvo la impresión de que surgía de algún lugar desconocido, de las profundidades de simas insondables. No recordaba nada, su mente se hallaba tan vacía como el útero de una virgen.

Se sentía como si hubiera vuelto a nacer o como si se hubiera dormido agotada de cansancio tras un pesado almuerzo y casi al anochecer despertara sin saber qué era lo que le ocurría, ni en qué hora ni tiempo vivía.

Apartó sus ojos del fuego.

Aquella chimenea, tan grande como majestuosa, más parecía un altar tenebroso, ya que en sus partes externas estaba construida en mármol negro labrado con extrañas formas que, observadas con atención, parecían garras, muchas garras entremezcladas con lianas.

Sentadas en sus butacas, descubrió a Brigitte, a Claudine y a Sophy. Las tres dormían profundamente, tan profundamente como ella misma había dormido hasta hacía unos instantes.

Sintió miedo, un miedo inmotivado e irracional, basado en sentimientos o presentimientos, en algo que anidaba dentro de ella y no por reflejo de lo que estaba descubriendo..

Había temido que a sus amigas les hubiera pasado algo desagradable, pero viéndolas respirar profunda, casi ruidosamente, comprendió que nada les había ocurrido. Estaban exhaustas, eso era todo.

—¿Qué hacemos aquí? —se preguntó.

Notó entonces la desnudez de sus pies y observó que sus amigas también estaban descalzas y que había zapatos y medias de suave lana en el suelo, en un lugar vacío, como si faltara alguien a su lado, entre ella y Sophy.

Se calzó las medias y los zapatos y se puso en pie.

Reinaba una calma inquietante. Sólo se oía el crepitar de los leños, lamidos, devorados por las llamas, una combustión que no terminaba jamás.

El silencio también quedaba rasgado por la sonora respiración de sus amigas.

En torno a ella no había más luz que la de las llamas de la chimenea. Las velas, enhiestas sobre los candelabros, estaban apagadas. Con la sensación de que comenzaba a dolerle la cabeza, se llevó las manos a las sienes y oprimió éstas con las yemas de sus dedos.

—¿Qué hago aquí, qué hacemos aquí?

—Nina, Nina…

La llamada surgió de la oscuridad. La joven buscó con la mirada.

—¿Quién, quién llama?

—¡Nina, ven aquí, ven…!

Vaciló, indecisa. Al fin, sus ojos acostumbrados a la casi oscuridad descubrieron una silueta humana.

—¿Quién es?

—Yo, el que tú deseas. Ven.

La voz era grave, varonil, bien timbrada, cálida y atrayente. Nina avanzó unos pasos hasta ver los contornos de la figura humana. Parpadeó, incrédula.

—No es posible.

—Claro que es posible. Soy yo, Nina.

—¿Robin Hood?

—Ven, Nina, te mostraré la mansión. Ven.

Anduvo hacia aquel ser surgido de la oscuridad. Cuando llegó a su altura, pudo ver su cara, aunque con cierta vaguedad.

Creyó reconocer de inmediato aquel rostro. Era el Robin Hood interpretado por Errol Flynn. Un estremecimiento re corrió su espalda al notar que él le tomaba una mano. La llevó hasta la doble puerta tras la cual había una escalera ascendente, una escalera ancha que cuando las puertas estaban abiertas de par .en par daban mayor amplitud al salón.

—Vamos.

—No veo nada.

—Arriba hay un candelabro encendido.

Subió las escaleras siempre prendida de la mano del hombre. Tal como él dijera, había un candelabro encendido.

Nina tuvo la impresión de hallarse en una fiesta de carnaval. A su lado, el hombre se veía muy alto, la dominaba físicamente.

La condujo por un amplio corredor hasta una puerta que abrió.

—Entremos.

—Mis amigas están abajo.

—Sí, ya lo sé.

La introdujo en una alcoba que a Nina le pareció tan lúgubre como el resto de la mansión. Él le mostró una amplia cama.

—Aquí no nos molestará nadie.

Nina miró hacia la puerta, se hallaba abierta. Las tres velas,

colocadas sobre un candelabro, daban un aspecto más fantasmagórico a la estancia. La lluvia golpeaba los cristales, hacía frío.

—No me has de tener miedo —exhortó él—. Tú me amas.

—Sí, pero tengo miedo —confesó abiertamente.

El extraño personaje que Nina tomaba por Robin Hood, depositó el candelabro sobre el dosel de la cama. Luego se encaró con la muchacha y se inclinó sobre ella para besarla.

Nina notó que la boca de él era fuego, un fuego que la abrasaba. Su temor aumentó. Intuía que corría un grave peligro, pero como si unas pesadas cadenas, como si unos grilletes de durísimo acero sujetaran su cuerpo, no podía escapar.

—Has soñado muchas veces conmigo. Ahora, estamos juntos.

El extraño personaje desenfundó su daga. Se apartó de Nina lo suficiente como para acercar el filo del acero a las ropas de la joven y comenzó a cortarlas, empezando por el cuello y descendiendo.

Nina contuvo la respiración.

El borde de la hoja bajada lentamente, cortando su jersey, su blusa. Notó la punta de la daga en su propia piel y cuando llegó a la cintura, se abrieron las ropas y sus hermosos pechos quedaron al descubierto.

—No sigas, tengo frío —musitó, cuando lo que deseaba era decir que tenía miedo.

Robin Hood, cuyo rostro recordaba al desaparecido Errol Flynn, sonrió malignamente. La daga cortó el cinturón y descendió, cortando los anchos pantalones.

Sin poder evitarlo, Nina quedó desnuda, sus ropas cortadas cayeron en torno a sus pies.

De pronto, él la abofeteó duramente y la empujó contra la cama, donde ella cayó de espaldas.

—¡No, noo, déjame ir, noo!

Su súplica no fue atendida.

El extraño personaje la violó furiosamente, sin un atisbo de ternura, con auténtico sadismo, con una violencia incluso impropia en una bestia.

Nina gritó y gritó, pero su fuerza era débil ante el ser que la poseía tan brutalmente. Cuando volvió a mirarle a la cara, descubrió que ya no se parecía a Errol Flynn, sino que encima, poseyéndola, tenía a un ser repugnante, horrendo, de cara alargada y deforme en su boca, en su nariz, en sus ojos.

—¡Nooo, nooo!

Sus golpes fueron inútiles. Aquel ser la poseyó y cuando se apartó de ella se echó a reír. Su carcajada era neurótica y hería tanto a Nina como si fuera un latigazo que flagelara su cuerpo desnudo.

—¡Socorro, socorro! —gritaba desesperada.

Aquel horrible ser que parecía haberse transformado, empuñó un látigo corto de siete colas y con él comenzó a golpear el cuerpo desnudo de Nina, que se encogía sobre sí misma, tumbada sobre el lecho como estaba.

—¡Eres mi perra, mi perra! —rugía mientras la azotaba.

El látigo caía una y otra vez sobre el cuerpo femenino, sobre sus muslos, sobre su vientre y espalda. Los tibios y suaves pechos quedaron llenos de los hirientes y salvajes cortes inferidos por las tiras de cuero.

La despiadada flagelación fue acabando con la resistencia de la infeliz Nina.

Desfallecida, incapaz ya de protegerse, quedó boca arriba, recibiendo los latigazos asesinos. De pronto, él soltó el látigo. Se acercó al rostro también marcado por el castigo y lo sacudió de un lado a otro. Nina tenía los ojos abiertos y gemía, incapaz de continuar gritando. Toda ella era dolor, pero no había sucumbido aún.

Aquel ser inhumano, volvió a desnudar su daga. Acercó el filo de la misma a la frente de la joven, justo donde nacían los primeros cabellos rubios y lacios. Comenzó a cortar la piel mientras ella le miraba con los ojos siempre abiertos.

Siguió cortando la piel en torno al cráneo hasta rodearlo por completo. Luego, agarró los cabellos por la frente y tiró violentamente hacia la nuca femenina.

—¡ Aaaaaah!

Aquél fue el último de los desgarradores gritos, lanzados por Nina, que había quedado sin cabellera.

El sostuvo la sanguinolenta piel en su mano. La desgraciada, que todavía vivía, tenía un aspecto horrible. Se alejó con la cabellera de la joven y regresó con una enorme y pesada espada curva. Se situó adecuadamente frente a Nina y, riendo, alzó la espada.

La mujer, con los ojos desmesuradamente abiertos, pero incapaz de moverse, vio caer el filo de la espada sobre su garganta. Luego, la nada. Aquel ser había dejado de reír

CAPITULO VI

Al despertar, Angie vio el fuego de la chimenea y le pareció que estaba muy lejos. Sus amigas se hallaban reclinadas en butacas; en cambio, ella yacía en el suelo junto a la butaca.

No recordaba nada de lo que le había ocurrido.

Se incorporó, se sentía como rota. Al tocar el suelo con sus pies, notó la frialdad del mismo y también que sus pies estaban entumecidos.

—Mis zapatos...

Anduvo penosamente.

Cuando llegó junto a sus medias de lana y zapatos, observó a sus amigas que dormían profundamente, pero había una butaca vacía.

Se calzó. Sentía frío y notó que las puntas de sus dedos estaban entumecidas, pero era por algo distinto al frío, era como si hubiera sufrido algo en ellas.

Miró el fuego de aquellos leños que no se consumían y, de pronto, notó que le dolía el pecho, sobre el esternón, entre sus dos senos.

Se tocó y notó la crucecita que llevaba siempre consigo. Bajo ella, la piel le escocía. Hubiera querido mirarse mejor, pero como vestía un jersey, dejó la observación para otro momento.

Se acercó a Claudine que era en quien más confiaba. Le cogió el rostro y se lo movió ligeramente. Le dio débiles palmaditas hasta que logró despertarla.

—¡Despierta, despierta!

Claudine abrió los ojos y miró a su amiga como si no la reconociera.

—Soy Angie. ¿Es que sigues dormida?

—Angie, ¿qué..., qué me ha pasado?

—No lo sé.

—Tengo la impresión de haber sufrido pesadillas muy desagradables, pero no recuerdo nada. ¿Qué hora es?

Angie observó su reloj, sorprendida; a ella no se le había ocurrido mirar la hora.

—Las tres.

—De la madrugada, claro.

-Sí.

—¿Y no sería mejor que durmiéramos?

—Tienes razón. Perdona por haberte despertado, pero es que me sentía...

—¿Muy sola?

—Algo así.

—Bueno, no importa, podemos hablar.

—Sí, creo que no volveré a dormir. Es extraño, no me he dado cuenta de que dormía —observó Angie.

Claudine sonrió.

—Nunca se da una cuenta de cuándo se duerme. Estás pensando en algo o escuchando música y, de pronto, te despiertas. Crees que no te has dormido y ya estás en el día siguiente.

—Es cierto, pero todo es muy raro. Yo estaba descalza y tú también,

—Es verdad —aceptó Claudine. Luego, se fijó en sus compañeras —. Lo mismo que Sophy y Brigitte.

—Se les enfriarán los pies —opinó Angie.

—Estando delante del fuego, no creo; yo aún los tengo calientes.

—De todos modos, será mejor que te calces.

—Sí, será mejor.

Claudine se calzó. Después, comentó:

—Te noto rara, Angie.

—Es que me siento muy dolorida.

—¿Dolorida? ¿No habrás pillado un catarro?

—No, no creo. Me he despertado al fondo del salón y te juro que no recordaba nada.

—Eso mismo me ocurre a mí; es como si tuviera una amnesia pasajera, porque empiezo a recordar algo.

—¿Verdad que nos hemos refugiado aquí porque había una fuerte tormenta?

—Sí, eso es, una tormenta.

Ambas miraron hacia el techo y luego a las ventanas.

—Parece que ya no llueve, no se oye nada.

—Cierto.

Ambas se pusieron de pie. Se acercaron al fuego, pero sólo hasta cierto punto. Las dos se detuvieron y Angie comentó:

—Este fuego no sé qué me da. Es como si fuera un ser vivo y me inspirara recelo.

—La noche ‘siempre crea desconfianzas y miedos, pero tú eres valiente.

—Mira esas dos cómo duermen.

—¿Las calzamos?

—¿No despertarán?

—Parecen tan dormidas que no creo que despierten.

—Entonces, de acuerdo.

Calzaron a las dos durmientes que no despertaron.

—¿Por qué nos descalzaríamos? —se preguntó Claudine, perpleja.

—Sería porque llevaríamos los pies mojados por la lluvia.

—Es posible —admitió Claudine.

—Oye, aquí están Sophy y Brigitte; pero, ¿no venía Nina también

con nosotras?

—Pues claro, la dulce Nina, pero no está aquí.

—Esa sería su butaca —señaló Angie.

—Yo creí que era la tuya.

—¿La mía?

—Sí, una, dos, tres y cuatro —contó Claudine, señalándolas todas.

—La mía está volcada al fondo del salón. No entiendo por qué estaba yo allí y vosotras aquí, no recuerdo nada, pero aquí hay una butaca vacía y será la de Nina.

—Quizá ha ido en busca de un lavabo.

—¿Lavabo? —repitió Angie, sorprendida.

—Sí, mujer, un retrete. No es raro que tenga necesidades fisiológicas.

Angie miró en derredor. Sólo la luz de las llamas de la chimenea les iluminaba.

—Es muy raro. Sola no habría ido a ninguna parte, tendría un miedo espantoso.

—Si estábamos dormidas... En fin, creo que volverá en seguida.

—Allí hay candelabros.

Angie se acercó a los candelabros y los encendió, aunque no eran suficientes para iluminar aquel inmenso y lóbrego salón.

—Es un lugar inhóspito, ¿verdad?

—Sí, es un lugar muy hostil —admitió Claudine.

—¿Te importa que vayamos a ver el coche?

—No, claro; así veremos si aún hay tormenta.

Con un candelabro se alejaron hacia la puerta que daba al vestíbulo. Cruzaron ésta y abrieron la pesada y recargada puerta que daba al atrio.

Les llegó el frío húmedo del exterior, pero era un aire limpio, no cargado y desagradable como el que se respiraba dentro de la desconocida mansión.

—Está encapotado, pero no llueve —observó Angie.

—Pero ha llovido mucho. Todo está muy mojado y ahí se ven charcos.

—¿Te das cuenta de que hay luz pese a las' nubes?

—Sí, es cierto.

—Debe haber luna llena detrás de las nubes.

—Menudo panorama. Noche de tormenta, mansión lóbrega, soledad y encima, luna llena. Sólo falta que aparezca el hombre lobo.

—No digo tanto —objetó Angie—, pero se respira algo extraño. ¿Sabes una cosa?

—Si no me la dices.

—Tengo unas ganas locas de escapar de aquí.

—¿Escapar?

—Sí, escapar. Es como si aquí pudiera ocurrir cualquier cosa. No me gusta este sitio, me siento como si estuviera en un cementerio y sola.

—Las casas solitarias siempre producen escalofríos. Todas las mansiones abandonadas hacen pensar en poltergeist.

—¿Te divertiría escribir sobre casas encantadas?

—Bueno, las historias de terror siempre tienen su público; pero suelen ser historias irreales.

—Yo creo que aquí lo irreal se podría transformar en real. No me gusta este sitio. Siento como si flotara una carga negativa sobre mí.

—Pues ahora que no llueve, podríamos marcharnos.

—Sí, sería lo mejor. No llueve y no hay niebla que sí se puede levantar a la amanecida. Voy a probar el coche. Pasamos por caminos infernales y creo que se mojó todo el motor. Esperemos que funcione.

—Si logras ponerlo en marcha, yo haré venir a Sophy y a Brigitte.

—¿Las despertarás?

—Sí, y les diré que sigan durmiendo dentro del coche.

-¿Y Nina?

—Supongo que ella regresará de un momento a otro. No es de las que se exponen a explorar solas una mansión como ésta.

—Sí, no es de ésas. Voy a probar el coche. Si arranca bien, nos iremos ahora mismo. Esperemos no haber gastado todo el carburante.

—Si se pone en marcha, no te muevas del coche.

Angie se dirigió al automóvil, su carrocería azul metalizada brillaba llena de agua. Se acomodó frente al volante y metió Ia llave en el contacto. Hundió el pedal del embrague, hizo girar la llave y pisó levemente el acelerador.

Brrrrr... rrrrrrrrrr... rrrrrrrr...

El ruido era muy pobre, no conseguía el arranque.

Angie se mordió los labios preocupada, con algo de rabia.

Insistió, los pilotos del tablero de controles no se encendían bien, faltaba electricidad.

Rrrrrr... rrrrrrrrrr...

—Maldita batería, se habrá descargado.

Pensó que era mejor no seguir descargándola, había demasiada humedad en el motor. Con algo de carga en la batería y si empujaban el coche entre las cuatro, poniendo ella la segunda marcha, conseguirían el encendido del motor y una vez funcionando, sólo cabría sostenerlo para que no se calara.

Subirían las cuatro a bordo y se alejarían de aquel siniestro y solitario paraje.

Quitó la llave y suspiró, deseando que la batería no se descargara más de lo que ya estaba.

Subió al atrio y llamó:

—Claudine.

No obtuvo respuesta. De pronto descubrió que la pesada y recia puerta de la desconocida y lóbrega mansión estaba cerrada.

Golpeó la madera de la puerta con la palma de su mano.

—¡Claudine!

Hasta ella llegó un grito lejano, ahogado. Se apartó de la puerta y alzó la cabeza como para orientarse.

Los gritos lejanos se repitieron. No eran gritos fingidos. Angie estaba segura de que eran gritos de angustia, de dolor, gritos que pedían auxilio.

—¡Claudine, Claudine, abre, abre!

La puerta seguía cerrada y los gritos llegaban a ella obsesionantes pese a lo lejanos.

—¡Claudine, Claudine, abre, abre!

Asió el picaporte con fuerza y comenzó a golpear la puerta, rabiosa. Nadie respondía, nadie le franqueaba la entrada de aquella puerta que continuaba cerrada para ella

CAPITULO VII

Era inútil tratar de abrir la pesada puerta del caserón. Angie no sabía si se había cerrado sola, si la había cerrado la propia Claudine o una mano desconocida, quizá la mano de aquel extraño hombre que les franqueara la mansión al llegar a ella y al cual no habían vuelto a ver.

Anduvo a lo largo del atrio.

Las ventanas de la mansión se hallaban cerradas y demasiado altas para ella. Pisó la tierra mojada, las hiedras crecían abundantes y lujuriosas en aquella tierra permanente mente húmeda, hiedras que se expandían por el suelo, cubriéndolo, y trepaban luego por las paredes del caserón.

Las hojas crujían bajo sus pies. A cada instante tenía la impresión de que pisaba algo desagradable, a animales nocturnos vivos, a insectos o arácnidos que se deslizaban bajo sus pies.

Las ramas de las hiedras rozaban sus piernas, mojaban sus pantalones. Todo era angustia para Angie que ya había dejado de oír gritar a Claudine.

Rodeándola por su perímetro exterior, la mansión le pareció mayor de lo que en principio supusiera.

Todo estaba cerrado, no había puerta o ventana por la que pudiera introducirse de nuevo en la mansión donde continuaban sus amigas. Algo entre sus pechos le escocía y dolía.

Las nubes que habían parecido impenetrables por su espesor y densidad, se rasgaron, como abiertas por una fuerza misteriosa. Por ellas asomó la desnuda redondez del plenilunio como un ojo que tratara de escrutar la tenebrosidad de aquella misteriosa mansión y sus entornos, cubiertos por intrincados bosques cuyos árboles enlazaban unas ramas con otras, formando un techo vegetal.

La luna llena atrajo su mirada. Era como un foco de luz que le llegaba desde la inmensidad del espacio en el que ahora no podía ver las estrellas; pero, aquella luna no le daba confianza sino todo lo contrario. Era fría y como si tuviera vida propia, hasta maligna. ¿Por qué? Angie no lograba responder. Lo que sí sabía es que estaba envuelta por el manto del miedo, un miedo cercano al pánico contra el que trataba de luchar frenándolo, conteniéndolo, porque si el pánico se apoderaba de ella, iniciaría una carrera enloquecida hacia el interior del bosque, del que posiblemente no saldría viva.

Gracias a la luz de la luna descubrió un muro de piedra no muy alto, medio cubierto también por escasas enredaderas. Vio una cancela de hierro y fue hacia ella, mojándose los pies al pisar los charcos que eran como barrizales.

Empujó la reja que chirrió escandalosamente. Notó la frialdad del hierro herrumbroso, mojado.

«¿Qué será esto», se preguntó.

Se internó y no tardó en darse cuenta de que era un antiguo y abandonado cementerio. Se notaban los túmulos propios de las tumbas que una vez cubiertas habían sido descuidadas; sobre ellas crecían hierbajos. Descubrió una fosa, más grande y recién abierta, en cuyo fondo se había acumulado el agua de la lluvia.

Angie no era ninguna experta en cementerios, ni siquiera en zanjas, pero era evidente que aquella fosa había sido abierta recientemente. Pese a la lluvia, la tierra estaba suelta y el agua brillaba por reverberación de la luna. Aquella sepultura parecía abierta para sepultar a varios cadáveres.

La angustia le subió desde las entrañas a la garganta. Retrocedió instintivamente. Tuvo la sensación de que aquel ancho agujero en la tierra quería engullirla, y su respiración se entrecortó. Buscó con la mirada la salida del pequeño cementerio, al fondo del cual había una especie de panteón o recinto donde debían de guardar algo.

Escuchó el canto de una lechuza que habría permanecido oculta en alguna parte para escapar a la lluvia; ahora que ya no llovía, salía a buscar a sus presas.

La cancela chirrió de nuevo y aquel ruido fuerte, desagradable, produjo en Angie como una corriente eléctrica dolorosa que se extendió por sus brazos y espinazo. Volvió la cabeza hacia la puerta de aquel recinto que no parecía sagrado, pues en él no había cruz alguna.

No pensó en sus amigas, sino en alguien que pudiera estar siguiéndola, el hombre de elevada estatura que les abriera la puerta de la casa, quizá el individuo que les había pedido que siguieran a su coche y que luego había desaparecido.

Sin apenas darse cuenta, se alejó hacia lo que le había parecido un panteón, acercándose a su puerta de madera con gruesos herrajes.

Oyó con claridad una carcajada que era al tiempo burlona, cavernosa y preñada de locura. Si el miedo podía subir aún unos grados en el espíritu de Angie, subió, aunque no llegó al pánico que podía convertirse en desequilibrio mental y llevarla a la demencia.

Se apoyó en la puerta y ésta cedió.

Un fuerte hedor a humedad, mezclada con gases de descomposición orgánica, abofeteó su olfato fustigándolo. Como la carcajada que la acosaba estaba más cerca a cada instante, como incluso llegó a ver una silueta humana en el recinto de aquel cementerio olvidado por la civilización, no dudó en protegerse dentro de la construcción.

Cerró la puerta que debía tener un grosor de cuatro pulgadas y

que aún parecía pesar más por estar mojada, empapada. Cerró y al hacerlo, se sumergió en la más completa oscuridad.

Aún no estaba loca, su imaginación no le había jugado ninguna mala pasada. Fuera estaba el hombre que, tras hacerlas pasar al interior de la lóbrega mansión, había desaparecido y permanecido escondido en alguna parte.

El hombre que reía como un desequilibrado comenzó a empujar la puerta cerrada. Angie apoyó todo su cuerpo contra ella para asegurar, a fin de impedir que él la abriera y penetrara en aquel recinto donde ella no tendría escapatoria ni defensa.

La pesada puerta se movía al ser empujada desde el exterior.

Angie jadeaba aterrada tratando de impedir que se abriera del todo y el ser que estaba al otro lado pudiera entrar.

Al fin, la presión del exterior cedió. La muchacha escuchó ruidos. Ya no se oía la carcajada, pero permaneció atenta apoyada contra la madera. No podía creer que hubiera conseguido impedir la entrada de aquel loco o lo que fuera. No era una mujer débil, pero su fuerza, enfrentada a la de un hombre, tenía que perder; sin embargo, había resistido.

Pasó el tiempo, segundos, minutos, a ella le pareció una eternidad.

Al fin, quiso comprobar si estaba segura y se apartó de la puerta. Esta continuó cerrada.

Trató de normalizar su respiración. Su pecho se agitaba, respiraba por la boca, le faltaba aire para sus pulmones.

El hedor seguía siendo tan fuerte que la mareaba.

Se acercó de nuevo a la puerta y trató de abrirla para asomarse al exterior. Aquel miedo que a largas zancadas corría hacia el terror, volvió a ella: la puerta estaba como encajada.

—No, no, Dios mío, no.

Había quedado encerrada. Se agarró a una argolla y trató de jalar de ella con fuerza, pero la puerta no cedía en absoluto.

Alzó los puños y golpeó la pesada puerta con desesperación. Era la segunda vez aquella noche (que se le hacía eterna) que golpeaba una puerta que no se abría. La anterior ocasión la había golpeado para poder entrar en la mansión; ahora, para poder salir de aquel encierro dentro del cual había caído como en una trampa.

—¡Abran, abran!

Aquel ser que se reía cuando la acosaba, se había burlado de ella, empujándola hacia una trampa en la que la propia Angie se había metido, quedando atrapada.

Cuando se cansó de golpear la puerta sin conseguir que se le abriera, se dio la vuelta pegando su espalda a la madera. Frente a ella, una negra oscuridad, era como estar ciega. Por más que abriera los ojos, seguía sin ver nada, y tampoco servía que tratara de habituar sus

pupilas al ambiente, porque allí no había ni la más débil claridad.

Introdujo su diestra en el bolsillo de su chaquetón forrado y sacó su encendedor de gas. La llamita no disiparía la negrura, pero podía bastar para saber dónde estaba.

Con la torpeza que nacía del miedo, le costó encender el mechero.

Al fin, brotó la llamita y en un principio, Angie sólo vio la pequeña lengua de fuego. Apartó el rostro de ella y buscó en derredor, descubriendo un espacio vacío en el centro. En la pared de la derecha había huecos apropiados para contener los pesados y suntuosos ataúdes que allí reposaban.

Era un panteón, no cabía duda. Descubrió varios nichos vacíos, también en la pared frontal a la puerta, pero cuando aproximó la llamita a la pared de la izquierda, el espanto se apoderó de ella.

Sus sorprendidas retinas se impregnaron de la macabra visión.

Las calaveras, colocadas sobre unos garfios que nacían de la pared, semejaban observarla desde lo más profundo de sus cuencas vacías. Eran horribles calaveras descarnadas que, sorprendentemente, estaban cubiertas por cabellos.

Eran cabellos sucios, pegados en mechones por la humedad y el moho, largos en su mayoría, cabellos rubios, castaños, negros, todos ellos de mujer.

El espectáculo de aquellas cabezas femeninas, pues no le cupo duda alguna de que eran calaveras de mujer cubiertas por las cabelleras adecuadamente tratadas para que duraran más tiempo, horrorizó de tal manera a Angie que comenzó a gritar de terror.

Sus propios gritos penetraron en su bóveda craneana, rebotando de un lado a otro con ecos enloquecedores. Se apagó la llama de su encendedor y toda ella se desplomó inconsciente, incapaz de resistir más. El terror había golpeado su psiquis como una maza.

CAPITULO VIII

Como si hubiera sonado el timbre de un despertador dentro de su cerebro, Sophy despertó bruscamente.

Antes de abrir los párpados, notó el calor en su rostro y en sus pies desnudos. Su mente estaba tan en blanco en aquel momento como si acabara de abandonar el útero materno.

Las dos dobles hileras de pestañas se separaron y sus pupilas verdosas reflejaron las llamas que brotaban de los troncos que ardían en la grande y siniestra chimenea que más parecía un altar cuyo dios fuera el fuego.

Tuvo la sensación de que el calor llegaba a las partes desnudas de su cuerpo como rostro, manos y pies, especialmen

te éstos; sin embargo, dentro de sí, en sus entrañas, en sus vísceras, en el espinazo que la sostenía, había un helor del que no lograba desprenderse. Era como si el frío se hubiera refugiado allí para hacerle daño, para angustiarla y torturarla.

Movió la cabeza. Vio las butacas vacías a excepción de una en la que Brigitte dormía profundamente, como si a ella aún no le hubiera llegado el momento de despertarse.

«¿Qué hago aquí», se preguntó.

Era como si una esponja impregnada de fuerte y poderoso detergente hubiera lavado su cerebro, despojándolo de recuerdos, de ideas.

Se echó hacia delante y miró en derredor

No le gustó aquel inmenso salón, no le gustó su oscuridad, sólo batida por la luz de las llamas.

El silencio habría sido absoluto de no ser por el crepitar de los leños y la densa respiración de Brigitte. Se puso en pie y volvió a mirar en derredor. La hubiera tranquilizado poder hacer preguntas, pero cerca de ella sólo estaba Brigitte, profundamente dormida; sin embargo, se aproximó a ella.

—Brigitte, Brigitte...

Brigitte distaba mucho de ser su mejor amiga, pero formaba parte del grupo y ambas se soportaban.

—Brigitte, Brigitte —insistió.

La joven no despertaba, parecía bajo los efectos de un narcótico. Sophy suspiró resignada y se apartó de su amiga.

Se encaró con la chimenea y tuvo la impresión de que el fuego era algo vivo, real, casi humano, aunque ello resultara absurdo. Era como si hablándole a las llamas, éstas pudieran responderle, quizá porque tenía la impresión de que captaba la presencia de un espíritu allí dentro.

Se volvió para mirar a Brigitte. Su amiga sí creía en el espiritismo, pero Sophy no.

Siempre había dicho que quienes practicaban el espiritismo, el ocultismo, las mancias, todo aquello a lo que para darle un nombre más científico o un barniz de racionalidad se encuadraba en el marco de la parapsicología, eran embaucadores.

Sophy no creía en nada de todo aquello o cuando menos, era lo que aseguraba en voz alta como muchos otros que hacían igual que ella; sin embargo, ¿quién podía negar que en determinados instantes una sensación de vacío helado invadiera el lugar donde debían estar alojadas las vísceras? ¿Quién no había experimentado el miedo en momentos de soledad, incluso de día, y en más ocasiones rodeados de tinieblas? ¿Quién no había sentido temor ante una puerta cerrada, temiendo que tras ella se ocultara algo irracional, ilógico, capaz de enloquecernos?

Hizo un esfuerzo por recordar, como antes que ella hicieran las otras jóvenes que habían despertado.

«Estábamos aquí refugiadas —se dijo—. Llovía, llovía mucho.»

Pensó que debía comprobar si era cierto lo que recordaba, y lo mejor era asomarse al exterior.

Tornó a mirar en derredor buscando la salida, pero aquel lóbrego salón tenía las ventanas demasiado altas, como si fuera una capilla.

Se acercó a un candelabro que descubrió sobre una vieja sima consola y, utilizando su encendedor de gas que era del tipo de «usar y tirar», encendió las velas.

Con el candelabro en la mano, se dirigió a la salida.

Cruzó el vestíbulo y se enfrentó a la pesada puerta, abriendo el cerrojo que la sujetaba por tres puntos. Jaló de la hoja y el frío de la noche azotó su cara.

—No llueve —murmuró.

Fuera estaba el automóvil azul metalizado de Angie, lo reconoció de inmediato.

«Bueno, no se han ido», se dijo, aliviada.

Empujó la puerta sin pasar el cerrojo de nuevo. Cruzó el *hall* y al llegar a aquel salón que parecía inmenso por estar escasamente amueblado, escuchó unas carcajadas lentas. Salían de la garganta de un hombre y sonaban cargadas de suficiencia.

—¿Quién anda ahí? —preguntó.

Alzó el candelabro por encima de su hombro, como si colocándolo más alto pudiera llegar a ver mejor y más lejos también.

La carcajada prosiguió segura, sin interrumpirse, hallando ecos en las paredes de piedra.

Como si un poder extraño a ella la dominara, Sophy avanzó.

De pronto una butaca, como si fuera giratoria, se volvió hacia la

joven.

Repantigado en ella había un hombre alto, fornido. Tenía largos cabellos negros y también larga y descuidada barba. No vestía normalmente, sino con una especie de sayal negro y encima de éste, una corta capa de piel negra. Los ojos de aquel ser le parecieron muy grandes, con reflejos de sangre.

· —¿Quién, quién es usted?

—¿No me reconoces, querida? —preguntó él.

—No, no le reconozco, no creo haberle visto nunca.

—Es posible —admitió él—, pero si te acercas, acabarás por reconocerme. Me habrás visto en grabados, en libros.

Como si fuera una esclava, Sophy avanzó, deteniéndose a menos de tres pasos de él. Seguía sosteniendo el candelabro en su diestra. A su izquierda, Brigitte dormía profundamente. como si nada pudiera molestarla.

—No, no sé quién es.

—Me has invocado, querida. Yo estaba allí, allí dentro —señaló el fuego—. Reconozco que es un placer haber podido regresar a tu mundo, aunque sólo sea por poco tiempo. Creo que no tardará en amanecer.

—Habla como si viniera de otro mundo.

—Así es, querida, así es.

—¿De qué mundo?

—Sólo hay dos, querida, el de los vivos y el de los muertos.

—¿Vivos y muertos? —repitió Sophy, sobrecogiéndose.

—Tú eres del mundo de los vivos y yo, del otro. —Tornó i reír, lentamente. Sus ojos semejaron enrojecer más y aparecieron sus dientes, muy ostensibles entre su barba y bigote.

—No es posible…

—Sí lo es, querida. Yo sé que tú dices no creer en nada ¿el Más Allá, pero mientes, sí, mientes, como muchos otros que niegan creer. Mientes, porque de no haber creído, no habrías invocado a los poderes del averno exigiendo mi venida aquí. ¿Lo recuerdas?

Sophy recordó de pronto. Se vio cogida de las manos de Claudine y Angie y recitando infernales letanías.

—No, no puedo creerlo —balbució.

—¿Te acuerdas ya de las invocaciones, de tu petición?

—¿Rasputín?

La carcajada del monje aumentó hasta hallar demoníacos ecos dentro del salón.

Sophy tembló de arriba abajo, y su temblor se transmitió al candelabro y a las velas. El reía más y más fuerte; luego, las carcajadas fueron descendiendo mientras abandonaba la butaca y se acercaba a ella, imponiéndole su estatura. Con su gran manaza, le

arrebató el candelabro.

Sophy se sintió dominada por aquellos ojos enrojecidos y terminó con sus pupilas fijas en las de él.

—Soy el todopoderoso Rasputín, asesinado en 1916, tú me has llamado, y vuelvo del averno. Ahora no soy un espíritu, tengo ya un cuerpo carnal. Tú que pareces haber leído mis biografías, porque he sido un personaje importante, no sólo en la historia de Rusia, sino en la universal, sabrás que tengo muchos poderes. A todos los que se me han acercado los he dominado, porque siempre he sido más fuerte que ellos y que tú, querida niña. Fui y soy un ser esencialmente libidinoso y me gustan las mujeres, siempre me gustaron. Yací con cuantas quise, especialmente las más bellas.

—Vete, vete —suplicó Sophy, sin fuerza en su voz.

—Desnúdate.

-¡No!

La mano libre de Rasputín golpeó el rostro de la muchacha, haciéndola tambalear.

—Desnúdate, has suplicado mi vuelta al mundo de la carne y debes pagar a cambio.

La voz del diabólico ser lo llenaba todo. Sophy comenzó a desabrochar sus ropas, fue desnudando su cuerpo bajo la mirada de Rasputín hasta que éste quedó complacido. Ella permaneció medio arrodillada delante de él.

—Así me gusta, como una perra en celo, que espera que la cubran.

—¡Yo no te amo, Rasputín, no te amo..., mentí, mentí, no te amo!

—¿No me amas? Entonces, ¿por qué me has hecho venir del Más Allá si no me amas? —se mofó, sintiéndola dominada.

—Tenía que decir algo, yo no creí que fuera posible.

—Tú hiciste las invocaciones. Los poderosos del mundo de la oscuridad atendieron tus súplicas y ahora estoy aquí para amarte como deseabas.

-¡No!

-¿No?

Se inclinó sobre la joven y la asió por los cabellos, con tanta fuerza que pudo arrastrarla mientras ella gritaba de dolor.

Sophy se vio enfrentada al fuego, a tan escasa distancia de los leños que ardían sin consumirse que sintió que se abrasaba.

—Puedes escoger entre abrasarte viva o ser mía, pero entregándote en cuerpo y alma.

Desnuda y humillada, Sophy trató de rebelarse, pero la manaza de aquel ser que la sometía la empujó contra el fuego. Quiso protegerse poniendo sus manos por delante, pero rué inútil. Casi sentía las llamas sobre su rostro, sobre sus pechos desnudos.

—¡No, no quiero morir!

Rasputín la arrojó al suelo frente a la chimenea y preguntó:

—¿Quieres que te cubra como el mejor de los amantes?

Sollozando convulsiva, asintió:

-Sí...

Rasputín se inclinó sobre ella, abrió sus ropas y la penetró.

Sophy ansió gritar, pero, sorprendentemente para ella, el ¿olor se transformó en un profundo placer y su cuerpo comenzó a cubrirse de un suave sudor. Rasputín era incansable y ella, contra lo que había supuesto, se sintió presa del paroxismo orgiástico. Gemía de placer cuando una afilada daga apareció en una de las manos del hombre y bajó sobre su garganta.

La sangre tiñó el suelo pétreo y Sophy dejó de gemir. Su cabeza, separada del tronco, mantenía los ojos abiertos.

Rasputín tomó entonces la cabeza y cortó la piel rodeando el cuero cabelludo para arrancárselo mientras reía satisfecho de su brutalidad.

CAPITULO IX

Angie despertó, la más absoluta oscuridad la rodeaba. No supo si había permanecido inconsciente mucho o poco tiempo.

En breves segundos, recordó dónde estaba y qué era lo que le había ocurrido. El miedo trató de atenazarla y dominarla de nuevo, pero hizo un esfuerzo sobrehumano para vencerlo y no perder el control sobre sí misma.

Recordó las calaveras femeninas que colgaban en una de las paredes de aquel panteón y que tenían puestas las cabelleras sobre las calvas óseas como si fueran pelucas.

No quería volver a ver un espectáculo tan macabro y repugnante. No era como mirar las calaveras de las catacumbas de París o de Roma; aquello era distinto. Allí se conservaban los cabellos y no era un amazacotamiento de huesos y calaveras, sino que estaban separadas y colgadas de garfios, expuestas como trofeos.

Era consciente de que si se quedaba encerrada dentro de aquel panteón, moriría de inanición. Sería una muerte larga, horrible, debatiéndose en una desesperación enloquecedora.

Gateó sin saber si iba en la dirección acertada o en la contraria. Sus ojos abiertos no veían nada.

Al pasar su mano por el zócalo, notó una piedra suelta. Se asustó un tanto, pero siguió tanteando el zócalo hasta encontrar el ancho peldaño que conducía a la puerta. Siempre gateando por temor a caerse, llegó ante la puerta. La palpó hasta encontrar la argolla de hierro. La asió con fuerza y jaló de ella, tratando de abrirla; pero aquella puerta tenía una cerradura grande y antigua, muy antigua debía de ser, una cerradura vieja en la que había hecho mella la oxidación.

La puerta no cedía a sus esfuerzos, pero estaba decidida a no dejarse arrastrar por el pánico. No quería volver a perder el sentido y tampoco ver las horrendas calaveras de mujer con sus cabelleras puestas.

Ya había aprendido que, gritando, no conseguiría que le abrieran. Si la dejaban encerrada, moriría irremisiblemente, y si aparecía el ser que la había encerrado, tampoco era seguro que escapase a la muerte; bastaba recordar lo que ya había visto.

Jadeó, llenó sus pulmones de aire, buscaba equilibrarse.

Recordó la piedra del zócalo que tocara con sus manos y pensó que podía serle útil. Retrocedió pegada a la pared y descendió los peldaños. Podía haber encendido su mechero de gas, pero no se atrevió. Si volvía a ver las horribles calaveras... No estaba segura de soportar tal visión, máxime sabiéndose encerrada allí con ellas.

Notó un hueco y después, tocó uno de los ataúdes. Se estremeció, pues su contacto no era nada tranquilizador. Con la punta del pie, siguió tanteando el suelo. Al fin, tocó la piedra que se había desprendido del zócalo y se inclinó para recogerla. Era del tamaño de un adoquín, una piedra fría y húmeda, pero pesada y consistente.

Regresó a la puerta. Tanteó hasta encontrar la cerradura y comenzó a golpearla. Los golpes sonaban allí dentro como cañonazos; parecían capaces de despertar a los muertos.

Cualquier persona hubiera pensado que con aquella piedra y teniendo en cuenta el grosor de la puerta, nada conseguiría; pero la puerta tenía muchos años, posiblemente siglos, lo mismo que su cerradura, que había tenido que soportar la oxidación, en aquel lugar fuertemente húmedo.

Como si estuviera dispuesta a derribar la puerta, siguió golpeando hasta que escuchó unos ruidos metálicos, como si algo hubiese quedado suelto dentro de la cerradura; ésta debía de haberse roto, y la puerta se movió.

Angie soltó la piedra y cogió la argolla. Tiró de ella, dando golpes a la puerta que cedía; la lengua de la cerradura se fue torciendo hasta caer al suelo. Y la puerta se abrió.

El aire del exterior llegó a su rostro. Angie salió.

Amanecía.

Todavía con la respiración jadeante, divisó las tumbas del pequeño cementerio privado que, oficialmente, no debía usarse desde hacía mucho tiempo, cerca de un siglo quizá.

Se volvió y vio la puerta del panteón entreabierta.

Corrió hacia la cancela de salida sin querer saber nada del maldito cementerio. El día recién nacido clareaba con rapidez pese a estar el cielo totalmente encapotado. De no ser así. Ia amanecida habría sido más rápida, pero ya se veía lo suficiente. Había escapado al reino de la noche, al reino de 3.5 tinieblas.

Pasó corriendo junto a los muros cubiertos de hiedra perenne.

Llegó hasta el atrio y subió a él. Vio su coche que seguía parado allí. Recordó que había tratado de ponerlo en marcha inútilmente, pues la batería parecía haberse descargado.

El coche era el medio para escapar de allí, pero si no se rema en marcha, de poco o nada serviría.

Ira a llamar a la puerta pero ésta cedió al empujarla, y se introdujo rápidamente en la lóbrega y solitaria mansión, muy difícil de descubrir por hallarse en medio del espeso bosque.

La tenue luz del nuevo día entraba por las altas ventanas.

De lo primero que se dio cuenta es que ya no había fuego en la chimenea.

Cruzó el salón corriendo para acercarse a las butacas. Sólo una de

ellas permanecía ocupada, sólo una de sus amigas estaba allí.

—¡Brigitte, Brigitte!

La asió y Brigitte despertó de un profundo sueño. —¡Despierta, Brigitte!

—Angie...

—¿Te encuentras bien?

—No sé... ¿Dónde estamos?

—En el caserón donde nos refugiamos anoche. —¿Anoche?

—¿No recuerdas nada?

Parpadeó, desconcertada.

—No, no recuerdo nada.

—Íbamos en el coche. ¿Te acuerdas de la tormenta? —Sí, sí, ahora recuerdo..., Ia tormenta, muchos relámpagos y truenos... ¿Sigue lloviendo?

—No, ya se ha hecho de día.

—Menos mal. ¿Qué haremos ahora?

—Marcharnos de aquí inmediatamente. ¿Sabes dónde están las demás?

—¿Las demás?

—Sí, Sophy, Claudine y Nina.

—Ah, pues no lo sé. Creo que he dormido todo el tiempo. —Hay que encontrarlas. La batería del coche está muy descargada, pero si lo empujamos, conseguiremos ponerlo en marcha.

—Angie...

—¿Qué?

—Mira —Brigitte señaló el suelo frente a la chimenea. Angie se volvió y vio el gran charco. Aún había poca luz, pero inmediatamente descubrió de qué se trataba.

—¡Sangre!

—¿Sangre, de quién?

Angie miró entonces la chimenea. Dentro de ella, apilados, había unos gruesos troncos de unos sesenta centímetros de largo. Eran oscuros, pero no se veían quemados.

Angie se apartó de su amiga. Rodeó el charco de sangre evitando pisarlo y se aproximó a los troncos.

—Angie, ¿qué vas a hacer?

Antes de responder, la joven tocó los leños con precaución.

—Están fríos.

—¿Y qué significa eso? —preguntó Brigitte, perpleja.

—¿No recuerdas que los troncos llameaban?

Brigitte quedó pensativa unos instantes; no parecía haberse recuperado de la leve amnesia pasajera causada, al parecer. por el profundo sueño.

—Si hubieran ardido con las llamas que yo recuerdo —explicó

Angie—, ahora todo estaría caliente.
—No entiendo nada.
—Y yo tampoco, todo esto es muy extraño.
—Y la sangre... porque es sangre, ¿verdad?
Angie se inclinó como para tocarla con un dedo pero, instintivamente, se echó hacia atrás, sin llegar a tocarla. De inmediato descubrió el rastro de sangre.
—Yo no recuerdo todo lo ocurrido y me temo que tú tampoco —dijo—. Me parece que éste es un lugar maldito.
—Tengo miedo, Angie, mucho miedo.
—Lo comprendo. Yo también he pasado mucho miedo, pero hay que afrontar la realidad. Ahora tenemos algo muy importante a nuestro favor.
-¿El qué?
—La luz del día. De noche todo parece distinto.
—¿Qué es lo que ha pasado, qué es lo que ocultas? ¡Habla, Angie, habla!
Ante el evidente nerviosismo de Brigitte, Angie, que había pasado ya al otro lado de la frontera del miedo y estaba como inmunizada contra él, prendió a su amiga por los brazos tratando de transmitirle su aparente calma.
—Nina, Sophy y Claudine han desaparecido.
—La sangre es de ellas, ¿verdad?
—Lo ignoro. Puedes tratar de huir o si te parece, las buscamos.
—¿Buscarlas, dónde?
—No lo sé, podemos seguir el rastro.
—¿De la sangre?
—Sí.
—Tengo mucho miedo —gimió.
—Hemos de ser fuertes. Si escapáramos sin saber qué ha sido de ellas, la conciencia jamás nos dejaría dormir.
Angie echó a andar siguiendo el rastro. Al darse cuenta de que se quedaba sola, Brigitte se apresuró a seguir a su amiga.
Llegaron a la cocina, dependencia que ya descubrieran la noche anterior. La luz también entraba débilmente en aquella de por sí oscura estancia.
Angie examinó las tinajas. Tres de ellas habían sido llenadas recientemente con unos polvos blancos que también se esparcían por el suelo. En un rincón se veían varios sacos rotos que habían contenido cal.
—¿Qué hacemos ahora? —inquirió Brigitte.
—Parece que el rastro de sangre lleva hasta la puerta.
La puerta de la cocina (que daba a la parte posterior de la casa) se abrió con facilidad. En la tierra mojada descubrieron el rastro de algo

que había sido arrastrado.

—Tenemos que seguir.

—¿Hasta dónde?

—Hasta el final, pero será mejor que busquemos algo contundente.

—¿Algo, como qué?

Angie regresó a la cocina y abrió los armarios, buscando alguna herramienta para poder defenderse si llegaba el caso.

Al abrir una alacena descubrió dentro de ella varias cabelleras colgando de clavos. Tres de ellas parecían haber sido arrancadas recientemente; aún goteaban sangre.

Angie se tambaleó, un nudo trabó su garganta. Cerca de ella, Brigitte preguntó:

—¿Qué has descubierto?

Cerró la alacena casi con violencia y replicó:

—Nada, nada, sigamos buscando.

El rastro no quedaba claro por culpa de los charcos de agua, pero cuando Angie volvió a ver el muro del maldito cementerio, se detuvo.

—Seguro que es ahí dentro —musitó.

—¿Qué es eso?

—Un pequeño cementerio.

—Yo no entro.

—Hemos de ir juntas, yo ya he estado ahí.

-¿Tú?

—Sí, ya te lo explicaré. He pasado un mal rato ahí dentro.

Recordó la fosa grande que descubriera la noche anterior y echó a andar. Brigitte volvió a seguirla.

Angie se detuvo frente a la cancela abierta. Observó que en un lugar fangoso había pisadas profundas, eran pisadas muy grandes. Continuó hasta la fosa múltiple y al llegar al borde de la misma, miró hacia su interior.

Lo que vio le produjo vértigo.

—¿Qué hay? —preguntó Brigitte, que iba algo rezagada.

Cuando Brigitte bajó los ojos para mirar el interior de la fosa, gritó como súbitamente enloquecida al tiempo que aferraba sus dedos en torno al brazo de su amiga.

En el fondo de la fosa yacían tres cadáveres decapitados, tres cuerpos femeninos sin cabeza. Sus ropas estaban allí dentro, también desperdigadas.

Angie apartó a su compañera de allí, abrazándose a ella.

—Hemos de marchar de aquí, ¿lo has entendido? Debemos irnos en seguida.

Brigitte, que sollozaba ya sin gritar, asentía con la cabeza, cabeza que no osaba levantar.

—Por aquí hay un sádico asesino y si nos encuentra...

—Vámonos, vámonos —gimió Brigitte.

—Sí, pero antes hay que hacer algo.

Vio la pala con la que habían abierto la fosa y se hizo con ella. No era mucho, pero podía utilizarse como arma de defensa.

—Recuérdalo, Brigitte. Si aparece el asesino, tenemos que defendernos. ¿Lo has oído? Tenemos que defendernos.

—Sí, sí, pero ¿cómo?

—Como sea, a mordiscos, con las uñas, como sea. Ahora, vamos, quiero comprobar algo que estoy sospechando.

Más asustada que sumisa. Brigitte anduvo junto a su amiga; no les importó hundir sus pies en el barro frío.

Entraron por la cocina y Angie se enfrentó a las tinajas.

—¿Qué vas a hacer?

—Puedes ir al salón y esperarme allí.

—No.

—Sal fuera.

—¡No, no! ¿Qué es lo que vas a hacer?

Con una férrea resolución, Angie volcó una de las tinajas. Alzó la pala, colocándola de canto, y golpeó la tinaja de barro que se agrietó. Hubo de descargar varios golpes más hasta conseguir romperla del todo. La cal viva se desparramó en torno a los pedazos de arcilla.

Apareció algo oscuro, con manchas rojizas.

—¿Qué es eso, Angie, qué es eso?

—No mires.

Angie movió con la pala lo que acababa de aparecer entre la cal viva.

No tardó en comprobar que era la cabeza de Sophy, casi irreconocible, pues había sido despojada del cuero cabelludo. Rápidamente, la cubrió de nuevo con cal.

—Angie, ¿qué es, qué es?

—Espera, romperé las otras.

—¿Por qué, por qué?

—Porque necesito estar segura, lo necesito.

Rompió la segunda tinaja. La curiosidad hizo que Brigitte mirara y al descubrir la cabeza de su amiga, sollozó convulsivamente, pero sin gritar.

—Es Claudine —musitó Angie.

En la tercera tinaja encontraron la cabeza que faltaba. —Nina…

Angie las cubrió con cal y apremió:

—¡Escapemos y aprisa!

CAPITULO X

Brigitte miró el automóvil de color azul con más confianza que la propia Angie.

—No sé si conseguiremos ponerlo en marcha.

Abrieron las portezuelas y se introdujeron en el vehículo.

Angie miró el extintor rojo que en aquellos momentos no les era de ninguna utilidad. Era un magnífico extintor de polvo, pero no servía para poner en marcha el motor. Hacía falta una batería nueva o cuando menos, recargada.

—¿Qué pasa, por qué no lo pones en marcha? —apremió Brigitte que estaba muy asustada y lanzaba continuas miradas de recelo y miedo hacia la lúgubre mansión en la que fueran asesinadas sus tres amigas. Si se quedaban, ellas serían las siguientes víctimas del sádico asesino.

Rrrrrrr… rrrrrrr… rrrrrrrrr…

Angie suspiró, desesperanzada.

—¿Qué es lo que ocurre? —preguntó Brigitte.

—La batería ha debido descargarse con la lluvia. No entiendo de mecánica, pero creo que no podremos ponerlo en marcha.

-¿No?

—No. Habría que empujar el coche para forzar el encendido.

—Pues, bajamos las dos y empujamos.

—No puede ser.

—¿Por qué?

—Para esa operación, una ha de quedarse dentro, al volante, hundiendo el pedal de embrague y con la segunda marcha puesta para soltar el embrague en el momento adecuado, al tiempo que se le da a la llave de contacto para ayudar con la poca carga eléctrica que quede en la batería.

—No entiendo nada.

Ante la confesión de Brigitte, Angie, como hundida, dijo:

—Cuando tengas coche y lo lleves un tiempo, conocerás estos detalles. A mí, con este coche, no me había ocurrido antes que se descargara la batería, pero con el otro, sí, me lo tuvieron que empujar varias veces.

—Pues tú haces todo eso que me has contado y yo lo empujo —decidió Brigitte.

—Es inútil.

—¿Por qué?

—No podrás ni moverlo.

—Lo intentaré —decidió, al tiempo que abría la portezuela y saltaba del vehículo.

Pisó un charco de agua y se colocó en la parte posterior del coche. En su ingenuidad y falta de experiencia, creyó que iba a mover aquel vehículo de tipo medio que tenía las cuatro ruedas sobre una tierra mojada y con baches, en un lugar donde había una ligera pendiente pero no hacia delante, sino hacia atrás.

Brigitte empleó toda su energía, hundiendo los zapatos en la tierra húmeda y llena de hierbajos.

Angie aguantó el volante esperando que se produjera el milagro, pero éste no llegó. Escuchó unos fuertes golpes sobre la chapa del coche, volvió su rostro y vio que era Brigitte quien golpeaba con sus menudos puños.

Casi sin aire, extenuada por la rabia y la impotencia que sentía, sollozó contra el cristal posterior del vehículo.

Angie se apeó, cerrando de un portazo. Fue hacia su amiga y la enlazó por la espalda.

—Tranquilízate, saldremos de ésta.

—¡Nunca, nunca saldremos de aquí, el coche no se mueve, está muerto, muerto también!

—Tenemos todavía las piernas y somos jóvenes.

Brigitte se le abrazó. Se sentía más débil que Angie y buscaba apoyo y fuerza moral en su amiga. Angie también se sentía vencida, desfallecida, pero se daba cuenta de que no podía dárselo a entender a Brigitte, porque la desesperación las invadiría a las dos.

—Tranquilízate, Brigitte, tranquilízate. Tenemos que marcharnos de aquí, alejarnos de esta mansión.

—Sí, sí, tenemos que irnos —asentía Brigitte con el rostro mojado por las lágrimas.

—Ahí dentro hay un asesino, es el mismo que nos guió hasta aquí y luego se escondió. Debió rodear la casa, entró por la cocina, cruzó el salón, el vestíbulo después y nos abrió la puerta como si ya estuviera dentro. Ese hombre al que no hemos visto bien, es quien ha asesinado a Claudine, a Sophy y a Nina, es él y estará agazapado en algún rincón de la casa.

—Pero ¿por qué, por qué mata?

—No lo sé, Brigitte, no lo sé. Quizás el vivir mucho tiempo en la soledad de este siniestro lugar le ha vuelto loco y por eso comete esas bestialidades. No debemos darle la oportunidad de que haga con nosotras lo mismo que ha hecho con las otras. Lo que no entiendo todavía es el fuego.

—¿El fuego?

—Sí, la chimenea que vimos arder. ¿Recuerdas que se comentó que los troncos ardían sin consumirse?

—Sí, yo lo observé.

—Y dijimos que debía ser una madera de combustión muy lenta.

—Sí, es cierto.

—Pero no es así. No ha habido fuego en la chimenea, los leños no han ardido, no ha habido calor y, sin embargo, nosotras hemos sentido su calor.

—Ha debido tratarse de una hipnosis colectiva, eso también lo hemos estudiado en la facultad de psicología.

—Sí, es verdad; pero no acabo de creerme que nosotras, precisamente nosotras, cayéramos en una hipnosis colectiva de esa clase.

—Pues parece ser que ese malvado, ese asesino, ese sádico, es capaz de hipnotizarnos. Debe tener poderes que desconocemos y eso le hace mucho más peligroso.

—Razón da más para que nos marchemos, precisamente ahora que sus poderes parecen haber disminuido.

—¿Cómo sabes que han disminuido?

—El fuego, la chimenea ya no arde.

Brigitte, algo desconcertada en principio, la miró. Con el dorso de la mano se secó la nariz húmeda y asintió:

—Tienes razón. Si el fuego no arde en la chimenea es que ya no ejerce poder sobre nosotras, pero puede volver a apoderarse de nuestras mentes.

—Sí, no sabemos cuándo recobrará sus poderes, quizás cuando llegue la noche. Para entonces debemos estar muy lejos de aquí.

—De acuerdo, Angie, vámonos.

—No sé qué dirección tomar.

—Pues, el mismo camino por el que llegamos aquí.

—Es que no sé cuál es ese camino. Era de noche y llovía torrencialmente.

—¿Crees que no vamos a encontrarlo?

—Lo encontraremos, Brigitte, lo encontraremos. Abriguémonos bien, es posible que la tormenta vuelva. El cielo está totalmente encapotado, no veremos lucir el sol. Hace frío y todo está mojado, hay que abrigarse, pero andando no nota-nos tanto el frío.

—Sí, vamos.

Unidas de la mano, tomaron lo que parecía un camino «re el bosque. Buscar las rodadas del coche era inútil; la lluvia y el barro las habían borrado.

CAPITULO XI

El camino escogido no parecía erróneo; por allí había pasado el coche. El agua fría caía de las hojas de los árboles. El bosque les pareció hostil y, cada vez que las ramas les permitían prolongar sus miradas a lo lejos, no descubrían vestigio alguno de civilización; sólo bosques y más bosques.

Encontraron un estrecho río cuyo nombre desconocían. Bajaba lleno de agua, una corriente rápida de aguas fangosas que arrastraban ramas desgajadas de los árboles.

Angie miró el viejísimo puente que cruzaba el rio. No cabía duda de que estaban en el buen camino; sin embargo, aquel viejísimo puente la estremeció, carecía de barandas y no era más ancho de dos metros.

El turbulento caudal de agua casi cegaba el ojo del puente. Cruzarlo con un automóvil parecía un auténtico suicidio.

—¿Qué miras, Angie?

—Lo mal que está el puente.

—¿Crees que no podremos cruzarlo? A mí me parece que está bien.

—Sí, lo que pienso es que lo cruzamos con el coche.

—Ahora vamos a pie.

—Sí, adelante.

Cruzaron el puente, notando bajo ellas el rumor amenazador de las aguas. Si no caía otra tormenta, el puente resistiría. Quizás Angie lo menospreciaba, pues aquel puente debía haber resistido siglos donde estaba.

—¿Crees que faltará mucho para llegar a la carretera?

—No lo sé —confesó Angie. Sin embargo, pensó que debían estar muy lejos del asfalto civilizado. Recordaba que habían rodado mucho tiempo por aquellos tortuosos caminos y no era lo mismo circular en coche que avanzar a pie. El trayecto que a bordo de un vehículo parecía corto, caminando resultaba interminable.

—No puedo más —confesó Brigitte, acercándose a una gran piedra que, aunque húmeda, ofrecía posibilidades de asiento—. Descansemos un poco.

Angie también sentía dolor en sus piernas, en su espalda, en su cabeza. Había pasado una noche infernal. Recordó su tiempo de encierro en aquel panteón donde las calaveras cubiertas con las cabelleras colgaban de la pared.

Pensó en Claudine, en Sophy y Nina que habían sido decapitadas para pasar a formar parte de tan macabra colección. Sus cabelleras posiblemente sufrirían un burdo tratamiento de conservación, y las

cabezas serían enterradas en cal viva, donde se dejaría gotear agua lentamente hasta que toda la carne, toda la materia del cerebro y los ojos, se disolviera y al fin quedaran las calaveras descarnadas. Entonces, pasarían al panteón y les serían colocadas las pelucas, ofreciendo un aspecto singularmente macabro.

Aquella noche demoníaca había sido demasiado para su mente; también ella estaba exhausta y precisaba descansar, pero si Brigitte hubiera continuado, ella también habría seguido caminando. Incluso, si estuviera huyendo sola, hubiese continuado hasta caer desfallecida.

Angie se pasó la mano por el pecho, sobre el esternón. Brigitte la observó y preguntó:

—¿Te sucede algo?

—Tengo molestias aquí, como si sintiera el escozor de una herida.

—Puedes haberte dado un golpe sin darte cuenta.

Angie recordó su despertar en el suelo dentro del salón; también su caída en el panteón y asintió:

—Es posible.

—Ya estamos muy lejos de la mansión, ¿verdad?

—Sí, seguro. —Miró a su compañera y preguntó—: ¿De verdad crees en el espiritismo?

Brigitte inclinó la cabeza hacia delante mientras apoyaba los codos en sus propias rodillas.

—Sí, creo.

—¿Como una especie de religión?

—No sé, no he llegado a tanto. Todo empezó como un juego cuando yo era niña. Vi una sesión de espiritismo en mi casa; todos me creían dormida, pero yo me levanté y observé a escondidas.

—¿Viste algo extraño?

—Escuché golpes, se movió la mesa. Tuve mucho miedo, pero me apasionó.

—Y comenzaste a empollarte de libros de espiritismo.

—Sí, y estudio psicología porque pienso que puede servirme de mucho.

—¿A la larga deseas convertirte en espiritista?

—Psicólogas hay muchas; espiritistas cualificadas, no tantas.

—Entonces, ¿eres una seguidora de AlIan Kardec?

—Sí, él fue el Gran Druida, consagrado por los espíritus. Su cuerpo abandonó este mundo en 1896, pero su influencia no ha disminuido. Sus libros están traducidos a todos los idiomas. Hay mucha gente que cree en el espiritismo.

—Yo creo que eso es malo.

—¿El espiritismo?

-Sí.

—¿Por qué? Tenemos la posibilidad de hablar con los espíritus de

los muertos.

—Me ha costado, pero he logrado recordar que hicimos una invocación satánica.

—No me acuerdo.

—Pues debes recordar, porque tú la propusiste, tú te convertiste en sacerdotisa de la ceremonia y las demás te seguimos en lo que parecía un juego.

—Sí, creo recordar algo…

—Invocamos a los demonios, suplicamos su intervención. ¿Recuerdas?

—Algo, no muy bien.

—¿Es que el espiritismo tiene una raíz satánica?

—No exactamente, pero ayer era un juego… bueno, no sé cómo explicarlo. —Se encaró con su amiga para preguntar—: ¿Me crees culpable?

—Verás, Brigitte, yo soy más racionalista. Creo en el gran y desconocido poder de la mente, en los poderes que aún hoy no se han podido demostrar y mucho menos cualificar y cuantificar científicamente; pero de lo que sí estoy segura es que un espíritu no puede cavar una fosa, golpear ni utilizar armas.

—Eso es cierto. Los espíritus carecen de cuerpo o materia; por consiguiente no pueden dañar físicamente.

—Pero sí pueden hacer creer que te dañan.

—Su fuerza puede ser el miedo. A través del miedo, pueden provocar la desesperación y la locura, pero yo recuerdo que invocamos la aparición de espíritus a los que deseábamos amar. ¿No fue eso?

—Sí, y no acabo de comprender lo que pudo ocurrir. Supongamos que en la ceremonia de invocación alcanzamos un grado de histeria que nos indujo a creer que el espíritu del ser invocado aparecía, pero sólo sería una ilusión.

—Los espiritistas no creemos que sea una ilusión: el espíritu aparece.

—Está bien, pero si aparece, ¿puede tomar el cuerpo de alguien y utilizarlo?

—Si Ia mente de ese sujeto es débil, sí.

—Y en ese caso, el sujeto invadido por el espíritu, ¿podría ser empleado como arma asesina?

—En hipótesis, sí.

—Sabemos que en la mansión hay un hombre. ¿La ceremonia pudo haber influido en él?

—Quizás, pero todo está muy confuso y tú tratas de acusarme a mí, ¿verdad?

—Lo que te pido es que jamás vuelvas a pedir a nadie que juegue

a una ceremonia satánica invocando los poderes infernales para conseguir unas estúpidas ilusiones cargadas de masoquismo.

—Tienes razón —admitió la pelirroja Brigitte—, pero lo ocurrido ya no tiene remedio. ¿De qué sirve lamentarse ahora?

Angie alargó su mano para tomar la de su amiga.

—De todos modos, Brigitte, creo que ha habido algo más.

—¿El qué?

—No lo sé aún, pero si escapamos de aquí, quizás algún día lo averigüemos.

—Tengo hambre, Angie. Te parecerá grotesco en esta situación, pero me duele el estómago.

—¿Sufres de acidez?

—Sí. Cuando como normalmente, no me sucede nada, pero desde ayer al mediodía no hemos probado bocado y yo no soy de las que podrían resistir un ayuno. Tengo hambre y miedo. Creo que he ido más allá de lo que debía.

Angie quiso tranquilizarla, repetirle que debía haber habido algo más, una voluntad, una mente superior a la de ellas para que hubiera ocurrido aquella tragedia... pero no llegó a decirle nada porque oyó un rumor que reconoció de inmediato y le hizo alzar rápidamente la cabeza como la levantaría una gacela sorprendida por algún ruido que pudiera significar peligro.

CAPITULO XII

Angie se puso en pie. Brigitte, también alertada, preguntó:

—¿Qué es?

—Parece el ruido de un vehículo.

—¿Viene hacia aquí?

—Creo que sí.

—¡Es nuestra salvación! —exclamó Brigitte, poniéndose en pie de un salto.

Se movieron por el sendero. El ruido se aproximaba, pero todavía no divisaban el vehículo que debía avanzar lentamente por aquellos tortuosos caminos.

Al doblar un recodo poblado de arbustos cuyas ramas rozaron la carrocería del vehículo, éste apareció ante los ansiosos ojos de Angie y Brigitte.

Se trataba de un lujoso Rover de gran potencia, con fuerza motriz en las cuatro ruedas y capaz de pasar por los caminos más difíciles, porque tenía los bajos y el motor muy separados del suelo. Era un vehículo lujoso y poderoso a la vez.

Las muchachas se colocaron delante moviendo las manos, y el Rover se detuvo. Se abrió la portezuela que correspondía al copiloto, pero era un asiento ancho en el que cabían dos personas.

Las jóvenes se introdujeron en el vehículo y Angie reconoció de inmediato a la conductora.

—¡Marzanna!

—Muchachas, ¿qué hacéis aquí?

Brigitte y Angie se miraron desconcertadas. Al fin, Angie respondió:

—Mi coche se ha estropeado.

—¿Un choque? —preguntó Marzanna, aquella enigmática mujer que era reconocida como una gran maga y ocultista, y no pocos la consideraban una temible bruja.

—No, se ha descargado la batería.

—Eso se puede arreglar. Si empujo tu coche con el mío que tiene fuerza sobrada para hacerlo, podrás ponerlo en marcha.

—Sí, eso es verdad —admitió Angie.

Brigitte exclamó:

—¡Yo no quiero volver allí!

—¿Allí, dónde es allí? —inquirió Marzanna, una mujer de edad indefinible, pero que estaría más cerca de los cincuenta que de los cuarenta. Conservaba una belleza muy apreciable, una belleza y un atractivo capaz de perturbar a muchos hombres.

—Es que el coche está frente a una mansión que parece

abandonada —explicó Angie—. Es un lugar muy desagradable.

—¿Están allí vuestras compañeras?

—No exactamente —dijo Angie, evitando dar una respuesta concreta. Luego, pasó a preguntar ella—: ¿Qué hace usted por aquí?

—La carretera.

—¿Qué le pasa a la carretera?

—La tormenta de anoche produjo desprendimientos, y la policía ha cerrado el paso. Algunos coches se dan la vuelta, pero yo, como tengo éste, he pensado que podía pasar por el atajo. Aunque es largo y peligroso puede llevarme a la carretera de nuevo, unos kilómetros más lejos. La verdad es que si no hubiera llevado este vehículo, no me hubiera atrevido. No entiendo cómo os habéis arriesgado vosotras a venir por estos caminos con un automóvil normal, poique vuestro coche no es un jeep, ¿verdad?

—No, es un coche de tipo medio —explicó Angie—, No le ha pasado nada; sólo es que se ha descargado la batería y no se pone en marcha.

—Pues eso lo arreglaremos pronto. Con éste lo pondremos en marcha y luego, me seguís. Si hace falta remolcarlo por algún sitio difícil, yo os remolcaré. Ahora, vais a tener que guiarme hasta esa casa abandonada. ¿De acuerdo?

Angie asintió. Brigitte seguía con el miedo en su cuerpo.

—Yo no quiero volver allí —objetó.

—Tranquila, somos tres —la calmó Angie.

Marzanna preguntó:

—¿Qué es lo que pasa, hay algún peligro?

—Hay un hombre —explicó Angie—, Creemos que está loco.

—¿Loco? Hum, eso no es bueno. Yo llevo una pistola.

—Marzanna señaló la guantera cerrada que quedaba delante de Brigitte.

La muchacha abrió la guantera y sacó Ia pistola, un arma de fuego que le producía un miedo instintivo. Sin embargo, en aquella ocasión, su frío contacto Ia tranquilizó.

Marzanna hizo rodar el vehículo de nuevo.

Angie también tenía miedo de regresar a la tenebrosa mansión; pero, por otra parte, deseaba recuperar su coche y escapar con él. La aparición de aquel lujoso coche todo terreno podía poner su automóvil de nuevo en funcionamiento.

Todo el tiempo que habían pasado andando y que se les había hecho interminable, a bordo del Rover se hizo corto.

Se enfrentaron al angosto puente. Angie lo miró con temor.

—No va a caber.

—Sí, querida. A mí me gusta más conducir por caminos tortuosos que por las carreteras bien asfaltadas, y este vehículo tiene gran

potencia y también corre mucho sobre el asfalto.

—¡Se hundirá el puente! —exclamó Brigitte.

Marzanna no hizo caso y el vehículo avanzó sobre él. La maga y ocultista demostró saber conducir y tras enfilar bien el estrecho puente, aceleró, pues de esta manera ejercía presión durante menos tiempo sobre las viejas piedras del puente, un puente que casi estaba cegado por las aguas que bajaban tumultuosas y cargadas de ramas.

—¿Lo veis? \a lo hemos pasado.

Angie suspiró. Nada había ocurrido y el todo-terreno proseguía su marcha.

Cuando llegaron ante la siniestra y tétrica mansión, allí estaba el coche azul metalizado de Angie.

—Recuerde que hay un asesino —advirtió Brigitte, casi temblando.

—¿Un asesino? Me habéis dicho un loco. ¿Por qué un asesino, es que ha hecho algo malo?

Brigitte explicó atropelladamente:

—Sí, él ha matado a Claudine, a Sophy y a Nina.

—¿Queeé?

Angie corroboró:

—Teníamos que haberlo dicho antes. Efectivamente, ese asesino que se esconde ahí dentro ha matado a nuestras amigas.

—Me habíais dicho que estaban...

Antes de que terminara su observación, Angie explicó:

—Teníamos miedo. El ha matado a nuestras amigas; les ha cortado la cabeza, que ha metido dentro de tinajas cubiertas con cal viva. Las calaveras de otras víctimas que debieron pasar por aquí están colgadas en el panteón del pequeño cementerio que hay junto a la mansión.

—¡Qué horror! —exclamó Marzanna—. Cuando volvamos a la carretera se lo contaremos todo a la policía.

—Sí, claro, a la policía, pero ahora corremos peligro —advirtió Angie—. El puede aparecer en cualquier momento.

—Somos tres, no se atreverá a atacarnos. Tú, Brigitte, coge la pistola.

—Es que no sé disparar.

—Empúñala, querida, sólo tienes que apretar el gatillo y ya está, lo haría una criatura. Vamos, abajo.

—Yo no entro en la casa —advirtió Angie—. Estoy deseando encontrar a la policía para que venga aquí.

—¿Cuánto tiempo estaremos aquí? —preguntó Brigitte, nerviosa.

Angie se acercó a su coche y lo que hizo fue abrir el capó que cubría el motor. Miró la batería que quedaba muy en alto y a la vista. No entendía mucho o casi nada de mecánica. Para ella, el motor que

quedaba ante sus ansiosos ojos era como un criptograma indescifrable.

Tomó entre sus dedos uno de los cables que iban al borne positivo de la batería y observó que la abrazadera estaba casi suelta. Tocaba el borne, pero no hacía la suficiente masa. Quedó perpleja unos instantes.

—¿Qué pasa, querida? —preguntó Marzanna.

—Creo que ya he descubierto por qué no se ponía el coche en marcha.

-¡Ah! ¿Sí?

—Sí, no entiendo de coches, pero parece que el haber pasado por caminos tan malos ha hecho que se moviera la abrazadera que está al extremo del cable y que ya debía tener la tuerca algo floja.

—¿Crees que se pondrá en marcha? —preguntó Brigitte dubitativa, sin perder de vista el atrio del caserón, como si temiera que de un instante a otro fuera a aparecer el asesino.

—No llevo muchas herramientas, pero sí una llavecita inglesa; creo que servirá —dijo Angie, excitada por haber descubierto el porqué de la avería de su coche.

Sacó una caja de plástico y, de su interior, la llave inglesa. Tras ajustar adecuadamente la abrazadera al borne correspondiente, comenzó a apretar la tuerca para que la abrazadera se cerrara y quedara inmóvil.

—¡Ya está! —exclamó Angie.

—¿Estás segura de que podrás poner el motor en marcha? —preguntó Marzanna.

—Sí, es una cosa simple. Cuando fui a las clases para aprender a conducir, se me dijo que para un buen encendí do, la abrazadera tenía que hacer el máximo de masa con el borne de la batería. Entonces no lo entendí bien, pero ahora lo veo claro. Al hacer poca masa porque la abrazadera está medio suelta por culpa de los brincos que dio el coche, el paso de electricidad era tan mínimo que por eso no arrancaba; no había suficiente electricidad para la chispa de encendido.

—Bueno, mejor así —aceptó Marzanna.

—Lo que tenía que haber hecho era mirar antes la batería, qué tonta soy —se lamentó Angie.

Brigitte apremió:

—Vámonos, vámonos de aquí.

En aquellos momentos, la puerta de la lúgubre mansión se abrió y apareció el hombre, un hombre extremadamente alto y siniestro.

—¡Ahí está, ahí está! —gritó Brigitte.

—¡Dispárale! —pidió Angie.

Brigitte apuntó hacia el hombre y comenzó a jalar del gatillo.

Hasta cuatro detonaciones se escucharon claramente.

El siniestro personaje, vestido con ropas oscuras que aún lo hacían parecer más alto, causaba una impresión angustiosa. Su rostro, que parecía medio quemado, las miró y entonces, quieto en el atrio, lanzó un grito casi inhumano, un grito que bien podía haber brotado de la garganta de una bestia infernal.

—¡No se muere, no se muere! —gritó Brigitte.

Siguió disparando el arma hasta que dejó de producir detonaciones sin que aquel ser doblara sus rodillas

CAPITULO XIII

—¡Es una detonadora, Brigitte, una detonadora! —gritó Angie.

Cuando se volvió, frente a ella estaba Marzanna con una llave inglesa de gran tamaño. Comprendió de pronto, mas demasiado tarde. Desvió la cabeza, pero la herramienta cayó sobre ella, golpeándola de modo contundente.

El dolor fue muy intenso, muy seco y muy breve. Después, perdió el conocimiento.

Cuando Angie despertó, su jaqueca era obsesiva. Se descubrió a sí misma sentada en una butaca con las manos atadas por detrás del respaldo. Miró entonces a Brigitte que estaba en la otra butaca y parecía apaciblemente dormida.

—¡Brigitte, Brigitte!

Se hallaban frente a la maldita chimenea que se veía apagada. Allí estaban tendidos aquellos leños que no se consumían con el fuego. Angie no entendía nada, pero sabía que debía escapar. Por ello, forcejeó con las ligaduras al comprobar que Brigitte no le respondía. .

Las ligaduras estaban prietas; sin embargo, el movimiento de las manos conseguía que se fueran deslizando.

Contuvo sus esfuerzos al ver aparecer a Marzanna. Ahora sí llevaba puesta su esperpéntica peluca de falitos que recordaba a las gorgonas y cubría su cuerpo con una larga capa negra.

—Hola, querida, ¿ya despertaste? Temía haberte roto la cabeza con el golpe.

—¿Qué es lo que pretende?

—Ya al verte me pareciste la más lista, Angie; estaba segura de que te resistirías.

—Ella también. —Señaló a Brigitte con la cabeza.

—Bah. Ella, cuando llegue la noche, y ya falta poco para ello, verá a su amado AlIan Kardec, el Gran Druida. Vivirá una intensa pero corta pasión y luego, será una más en la colección.

—¿De modo que usted estaba aquí ayer?

Marzanna se rió. Cuando terminó de burlarse de Angie, explicó:

—Sí, fue a mí a quien seguisteis con vuestro coche.

—No es posible, era un hombre.

—Eso es lo que creísteis vosotras, lo mismo que visteis el fuego de la chimenea cuando estaba tan apagada como ahora.

—¿Eso es brujería?

—Es algo más sencillo, querida; se trata simplemente de poder de la mente.

—¿Hipnosis?

—Sí, ahora ya te lo puedo contar. Cuando estuvisteis en mi casa,

os hipnoticé sin que os dierais cuenta.

—¿Por qué lo hizo?

—Para que te detuvieras en el lugar justo de la carretera, para que me vierais como a un hombre siendo una mujer cuando os golpeé en el cristal y os pedí que me siguierais, para que al llegar a esta mansión vierais la chimenea con gran abundancia de fuego sin haberlo. El poder de mi mente es infinitamente superior al vuestro y os hice sentir calor cuando debíais tener frío.

—Pero ¿por qué, por qué todo esto? —inquirió Angie a gritos.

—El es mi hijo.

—¿Su hijo? —La muchacha palideció.

—Sí, mi hijo. —Despacio, Marzanna comenzó a explicar—: No está realmente loco, es que nunca fue lo que llaman un ser cuerdo o normal. Fue el fruto de unas ceremonias satánicas a las que yo me entregué en cuerpo y alma y nació mal, extraño... Algunos dirían que es un ser malvado con reacciones bestiales, sí, bestiales, porque sexualmente está hipertrofiado. Yo he procurado que tenga satisfacciones mientras le retengo en este apartado lugar. De haber vivido en una ciudad, ya estaría en la cárcel o en el manicomio. Debía protegerle; después de todo es mi único hijo y le he ido ofreciendo compensaciones, diversiones.

—¡Usted está más loca que él que es un desequilibrado nato! ¡Usted sí es una criminal!

—Pobre pequeña, comprendo tu angustia frente a lo que te espera. Tu situación va a ser un poco más dura y difícil que la de tu amiga. Cuando mi hijo aparezca, Brigitte verá en él a su adorado AlIan Kardec y se entregará sin reservas, disfrutará de una gran pasión aunque haya de morir como las que la han precedido. En cambio, tú, tú no entraste bien en la ceremonia de las invocaciones.

—¡Bruja, está aliada con las fuerzas infernales!

Marzanna se rió abiertamente, aquella desalmada disfrutaba proporcionando placer sádico a su hijo.

—A ti te violará brutalmente y luego serás decapitada y despojada de tu hermosa cabellera. Tu cabeza será sumergida en cal viva hasta que se descarne y terminará como un trofeo más en la apreciada colección de mi hijo.

—¡Pagará, algún día pagará usted por tanto horror, por tanto crimen!

—Querida, nadie se enterará jamás de lo que aquí sucede. Aquí sólo llegan las chicas que yo preparo e hipnotizo para que mi hijo pueda disfrutar con ellas, es decir, con vosotras; claro que se me ha ocurrido que es hora de que prepare a una en especial para que mi hijo la fecunde continuamente hasta que dé fruto y así conseguir un nieto, y estoy pensando que esa mujer bien podrías ser tú.

Angie se estremeció.

—¡Jamás!

—No podrías impedirlo. Te prepararía para una ceremonia en la que intervendrían todos mis protectores, los príncipes del infierno. Será muy interesante averiguar cuál será el fruto que extraeremos de tu vientre.

El miedo se transformó en pánico estrujando su corazón, pero ¿qué podía hacer ella?

Llegó la noche.

Angie vio cómo la chimenea se encendía con grandes llamas sin que nadie acercara fuego a ella. Era el resultado de la hipnosis.

—No, Dios mío, ayúdame, ayúdame, no hay fuego, no hay fuego, todo es una alucinación…

Se rebeló contra la hipnosis. Como si la crucecita que llevaba en el pecho y que la excluyera de la ceremonia satánica le diera fuerzas, la chimenea acabó apagándose a sus ojos, aunque para Brigitte seguía ardiendo.

Marzanna desató a Brigitte como si estuviera segura de que ya no podía escapar. La joven pelirroja despertó.

—Angie, Angie, ¿cuándo nos iremos?

—¡Brigitte, despierta!

—Si ya estoy despierta…

—Por favor, desátame, desátame, ¡debemos huir!

—¿Que te desate, te has vuelto loca? Si estás libre…

—No, Brigitte, estoy atada, atada. Tu mente te engaña, estás hipnotizada.

—¿Hipnotizada? —Se echó a reír—. ¡Qué tontería!

—Brigitte, Brigitte —interpeló una voz de hombre, fuerte y profunda.

Angie vio aparecer al repugnante hijo de Marzanna. Llevaba una vela encendida en la diestra. Brigitte le miró y sus ojos se iluminaron de alegría, sus labios gruesos se abrieron para exclamar:

—¡Eres AlIan, AlIan Kardec, el Gran Druida!

—Ven, ven conmigo, Brigitte, tú eres mi favorita.

—¡No, Brigitte, no vayas con él! Es mentira, no es AlIan Kardec, ¡no lo es! —gritó Angie con todas sus fuerzas.

La joven hipnotizada siguió a aquel desequilibrado hijo de una bruja con grandes poderes mentales.

Brigitte desapareció del salón y, poco después, Angie pudo oír sus gritos lejanos, como había oído los de Claudine la noche anterior.

Forcejeó furiosamente con sus ligaduras y consiguió escurrir sus manos como si fueran peces entre las redes. Se liberó de todas las ataduras y escapó hacia la puerta, pero cuando llegó al atrio, se encontró de frente con Marzanna.

—¿Adónde vas, querida?

—¡Maldita!

Angie se apartó de ella corriendo. Marzanna la persiguió.

—¡Detente, estás bajo mi poder, detente!

Angie asió la pala que había dejado allí tirada cuando decidieran marchar a pie. La blandió y con la fuerza de la desesperación, no dudó en utilizarla, volteándola levemente en horizontal.

El borde afilado de la pala cortó el cuello de la bruja.

—¡ Aaaag!

Marzanna se llevó ambas manos a la garganta de la que fluyó violentamente la sangre. Se tambaleó hasta que finalmente cayó sin dejar de chorrear sangre.

Angie corrió hacia su coche; pero en el atrio, mostrando la cabellera de Brigitte en su mano como un macabro trofeo, apareció aquel ser monstruoso producto de ceremonias satánicas.

Al ver a la madre caída, se fijó en Angie, la cual subió a su coche.

Rugiendo, fue tras ella tratando de alcanzarla y consiguió abrir la portezuela sin que la muchacha hubiera logrado poner el seguro.

Desesperada, acosada, Angie tomó el extintor y disparó el chorro sobre el rostro de aquel ser diabólico que se complacía en violar, en matar.

Los polvos apagafuegos dieron de lleno en los ojos enrojecidos del asesino.

Aquel fruto de ceremonias infernales se llevó las manos a la cara, no veía y cayó hacia atrás. Angie accionó la llave y el motor se puso en marcha. El arreglo que había llevado a cabo funcionó y arrancó con un fuerte acelerón. Tenía que huir. Había acabado con Marzanna, pero su hijo, su hijo seguía vivo…

El camino, abrupto y tortuoso, era como para romper su coche y tuvo verdadero miedo cuando comprobó que el sádico y desequilibrado asesino había logrado poner el Rover en marcha y la seguía con el todo-terreno. Le dio alcance, hasta el punto de golpearla en el parachoques.

—¡Dios mío, ayúdame, ayúdame! —suplicaba Angie.

Se enfrentó al puentecillo que se veía tan endeble y estrecho y logró rebasarlo.

Mas, el todo-terreno, mal conducido, lo hizo ceder.

Angie vio por el retrovisor cómo el vehículo que la perseguía se hundía con el puente en las turbulentas aguas, siendo arrastrado por la corriente.

Sollozó sobre el volante sin dejar de conducir. Tenía que encontrar la carretera, carretera que no estaba cortada por derrumbes como dijera Marzanna, la cual había mentido deliberadamente.

Llegó al asfalto y rodó por él a gran velocidad.

Había escapado.

Jamás, jamás volvería a visitar a una mujer como Marzanna. Habían actuado como ingenuas mariposas nocturnas atraídas por el fuego y al acercarse a él, se habían quemado.

FIN